15.

DISCURSOS

LEIDOS ANTE EL

CLAUSTRO DE LA UNIVERSIDAD

DE ZARAGOZA

EN EL ACTO SOLEMNE

DE LA

RECEPCION DEL CATEDRÁTICO

DE

LENGUA HEBREA

D.r D. Mariano Viscasillas y Arriza,

el dia de Junio de 1862.

ZARAGOZA.

IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE AGUSTIN PEIRO.

1862.

ENSAYO
sobre el Libro de Job.

Ilmo. Sr.

No es mi ánimo ostentar una vasta erudicion, que no poseo, al dirigiros hoy la palabra en este sagrado recinto de la ciencia. Una obligacion indeclinable, un precepto reglamentario, es la única causa que hoy os hace oir mi débil voz, tan poco digna de responder á los ecos con que todavía resuena en este teatro la de tantos sábios varones que han honrado y honran esta Escuela. No bastando, en efecto, la legítima prueba de una pública oposicion para acreditar la suficiencia del que aspire á la nobilísima carrera del Profesorado, se exige aun, con razon, que se ostenten nuestras fuerzas en otro estadio, viniendo, cual los Académicos de nuestros tiempos, á dar á conocer nuestra personalidad en una solemne recepcion. Y en verdad que agradezco á la Providencia esta oportuna ocasion de hacer saber á este ilustrado Claustro el justo orgullo, (si cabe decirlo) con que me llamo hoy compañero de mis caros cuanto dignos maestros y los restantes comprofesores, ejemplo

vivo todos ellos que en mi nueva vía debo proponerme. Recibe, Ilustre Escuela, el tributo de mi mas profunda gratitud que desde estos escaños te renueva el menos digno de tus actuales Profesores; á tí debo casi toda la instruccion que hoy poseo y á tí el ejemplo de laboriosidad y constancia que tus ilustrados representantes me legaron. Loor y perpétua gratitud, sobre todo, al Supremo Hacedor, que infundiéndome años há aficion grande á la santa lengua de su antiguo pueblo, ha sostenido mi ánimo hasta realizar todas mis mas risueñas esperanzas, aunque para llenarlas haya sido preciso que perdiera esta Escuela (si bien felizmente no por muerte) á uno de sus mas sabios Profesores, el profundo cuanto modesto orientalista Sr. D. Gerónimo Maciá Carsi, á quien debo principalmente cuanto ahora soy y cuyo ejemplo jamás dejaré de tener presente, si bien nunca me será dado igualarle.

Digna es de esmerado estudio la lengua hebrea, ya la consideremos en su filosófica estructura, ya la miremos como símbolo de la Divina revelacion. Basta haberla saludado para conocer desde luego la razon con que se llama filosófica á una lengua cuyos procedimientos todos son consecuencia lógica de ciertos principios y forman de ella una verdadera ciencia, en que podemos esplicar y razonar lo que otros idiomas solo saben esponer: es pues, este estudio tan importante como el de la gramática general: no vacilamos en decirlo.

Bajo el aspecto de la utilidad que esa lengua tenga como símbolo de las ideas del pueblo que la habló, baste decir

que toda la revelacion del mundo antiguo está escrita en hebreo, y que los autores de sus libros se llaman Moisés, Josué, Samuel, David, Salomón, Isaías, etc. Si se nos prueba que esa revelacion puede entenderse bien en una lengua á que se haya vertido de la hebrea y que todas las innumerables bellezas de los Salmos, de Job, de Moisés, nada han perdido en ese cambio de forma, no insistiremos ya en la necesidad del estudio de ese idioma. Mas no pudiendo esto ser, no cesaremos de escitar á esa juventud, que, ávida de ciencia, es la esperanza de la patria, á que comprendiendo toda la importancia de beber las cristalinas aguas de la revelacion en sus originales fuentes, acuda ansiosa al estudio de esa lengua, que compensará abundantemente todos sus desvelos.

Indudablemente es la Biblia el primero y mas importante libro de la humanidad. Prescindamos ya de la veneracion que nos merece una obra coetánea de las célebres pirámides de Egipto. Las claras nociones que ella contiene sobre el orígen del mundo y del hombre, la historia (solo así conocida) de la humanidad antes del diluvio, la de todo el pueblo hebreo antes de la venida del Redentor, los bellísimos cantos religiosos del hombre antiguo, el precedente necesario que nuestra religion tiene en dichos libros; todo ello hace que el hombre busque en esa obra el fundamento de su fé, de su ciencia, de su historia y de sus letras. Esto en cuanto al antiguo Testamento. Nada digamos del nuevo, donde se contiene la palabra del Divino Salvador, precioso cimiento de ese firme y bello edificio que llamamos

Catolicismo, que desafiando á los siglos, ha atravesado la larga série que nos separa de nuestro Divino Redentor, sin que sus numerosos enemigos basten á otra cosa que afirmarlo mas y mas. Lejos de nosotros el dudar ni un momento de la inspiracion divina que produjo los libros todos del antiguo y nuevo Testamento: preciso es confesar que nociones tan exactas de filosofía, religion, cosmogonía é historia, no pueden ser obra de un pueblo tan poco culto en general como el hebreo, cuya vida ademas estaba basada en la abstraccion completa de las restantes gentes que pudieran haberle instruido; ni toda la ciencia india, egipcia, caldea, griega y romana alcanzó mas que el caos filosófico con la confusion de sus escuelas. Aunque reconozcamos el dedo de Dios en esos sublimes libros, no nos empeñaríamos, si se quiere, en negar, sin embargo, que la forma pudo ser mérito propio del sugeto instrumento de la Providencia, como quiera que no por eso la idea deja de ser divina ó inspirada.

Variados géneros abraza el antiguo Testamento y numerosos libros como ejemplo de cada uno de ellos, todos muy dignos de profundo estudio. Hay, sin embargo, entre ellos uno que un ilustre poeta del vecino imperio no vacila en afirmar que es lo mas sublime que los hombres han leido, la única obra que mereceria sobrevivir á un naufragio en que pereciese la humanidad entera, y el lenguaje mismo con que el hombre podria hablar ante el mismo Dios que lo hizo de la nada y sabe la enormidad de su pecado. Ese libro es el Job, nombre que ya nos recuerda desde luego un héroe que la humanidad se propone siempre por modelo para so-

brellevar la pesada carga de la vida mortal á que estamos condenados, aunque sombra y no otra cosa fué de la Divina figura del Salvador, único verdadero ejemplo del cristiano en todas las circunstancias de su vida. Sublime elegia de la humanidad entera ese precioso libro, que generaciones ya muy lejanas de nosotros nos legaron para consuelo de la comun afliccion, merece que nos detengamos á estudiarle para deducir las importantísimas observaciones filosóficas, literarias é históricas á que se presta.

Ved ahí, pues, Ilmo. Sr., el punto que me propongo desarrollar en este insignificante trabajo, que encomiendo á vuestra benevolencia, reduciendo mis observaciones á lo mas notable que se me ofrezca y sin la pretension, por tanto, de que se le considere sino como un simple ensayo, nunca como un libro.

Erizado está de dificultades el estudio del de Job, si hemos de creer lo que dicen sus mas ilustres espositores. Y en verdad que no andan descaminados, cuando su misma traduccion ofrece muchas dudas y el nombre de su autor, su fecha, su patria, la existencia del mismo Job, son otras tantas cuestiones que la crítica hasta ahora no ha resuelto.

Sencillo y comprensible es cuanto cabe el argumento del poema de Job. Habia en tierra de Juts un hombre justo y feliz, en el cual fija sus miradas el angel malo, Satan, hasta que obteniendo permiso de Dios para probarlo, le deja de repente en la miseria y huérfano de siete hijos y tres hijas. Resignado, apesar de esto, Job, (cuyo nombre en hebreo significa *perseguido*) alaba todavía á Dios, por lo cual Satan irri-

tado le prueba aun con la pérdida del mas caro bien, la salud, llenando su cuerpo de llagas y esponiéndole al ludibrio de su misma esposa, y cual si esto no bastára, viéndole todavía resignado, le sujeta á los insultos de tres amigos que van á verle, y despues de un silencio que el asombro les produce durante siete dias, tejen largos discursos para probarle que toda su desgracia es justo castigo de sus pecados. Contestando por fin Job repetidas veces á tales aseveraciones y sufriendo aun la procacidad de un jóven, oye al mismo Dios que se le presenta y convenciendo de su ignorancia á todos ellos, concluye por declarar inocente al héroe de la paciencia, devolviéndole por duplicado sus pristinas riquezas é hijos, á la vez que perdona la insolencia de los amigos mediante los sacrificios expiatorios que por ellos le incita á ofrecer.

Tal es, Ilmo. Sr., en pocas palabras el argumento de ese divino libro, en que tan palpablemente se expone y comenta la accion de la Providencia, probando á veces con la adversidad á los justos, pero premiando siempre la resignacion con que esta se ha sufrido; á la vez que se nos estimula á esa sublime paciencia, con que los mas grandes golpes no son bastantes á llevar el desconsuelo y la desesperacion al ánimo del desgraciado. Y ved ahí la importancia altísima que la Religion y la filosofía no pueden menos de descubrir en ese libro, cuyos pormenores la hacen todavía subir á una altura incomparable, como vamos á ver ligeramente.

Asombra, en verdad, un hombre que ve convertida de repente toda su riqueza y la satisfaccíon de que numerosos hijos

le rodeaban, en miseria y horfandad. Ese estupor sube, no obstante, de punto cuando ese ser tan infeliz sabe respetar la voluntad del Altísimo y bendecirle en la adversidad como en la prosperidad. Por esto nuestra admiracion es grandísima al oir en boca de Job: *Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré al polvo, Dios me lo habia dado todo y Dios me lo ha tomado (como suyo). Sea el nombre de Dios bendito;* sin que estas palabras arguyan insensibilidad en quien rasgó sus vestiduras y se cubrió la cabeza de ceniza en señal de profunda afliccion.

Hay más todavia: ese mismo varon se ve de pronto lleno de llagas, tendido sobre la ceniza ó el muladar, limpiándose con un trozo de ladrillo y aun abandonado por su misma muger, que le incita á maldecir de Dios y darse la muerte; colmo ya de la miseria á que el hombre puede verse reducido, si todavía no aumentase la pena del desgraciado ,la venida de tres amigos, que no le conocen al principio y pasan siete dias sin atreverse á proferir una sola palabra. Y sin embargo ese varon, por fin, rompe el silencio y no maldice á su Hacedor, cuyo castigo rechazaba su conciencia. Prorumpe, sí, en esclamaciones admirables, espresion de un corazon lacerado por el mas vivo dolor, y dice:—*Pereciera el dia en que nací y la noche en que se dijo un hombre ha sido engendrado! Fuera el dia aqueste tiniebla!..... La noche aquesta ocupárala la obscuridad!... ¡Qué no se cerráran las puertas de mi útero y ocultárase así la fatiga de mis ojos! ¿Por qué desde el útero no habia de morir? ¿Por qué al salir del vientre no espiré? Ahora, pues, estaría acostado*

tranquilo!—Juntamente con los reyes y consejeros de la tierra que edificaron palacios hoy ruinosos. Allí están el pequeño y el grande!—Para qué se ha dado al afligido la vida?... Magnífica imprecacion, muy oportuna en quien no podia mirar la vida sino como pesada carga, exacerbándole la desgracia la imaginacion hasta desconocer que Dios es árbitro de los destinos del hombre é inexcrutables sus designios!

Lleno de poesía está tambien el primer discurso con que uno de sus amigos, Elifaz el Temaneo, se propone animar al afligido Job, pintando el castigo que inevitablemente reserva la Providencia para el hombre perverso y escitando al héroe á que reconozca su pecado y pida á Dios perdon: dáse tambien prueba evidente de que se conoce al hombre cuando dice: *El hombre para el padecimiento ha nacido, como el águila para volar,* pasando en tales afirmaciones todo el cap. IV y el V.

Admirable es tambien la contestacion de Job á ese discurso, que llena los capítulos VI y VII: con muy sentidas frases le pinta toda su desgracia, diciendo que *sus calamidades puestas en una balanza pesarian mas que todas las arenas del mar,* deduciendo de ahí lo fundado de su afliccion. Excita á sus amigos á que fijen bien sus miradas en ésta y los reta á probarle la iniquidad que en él creen observar, pasando luego á pintar la miseria de la vida humana en estas hermosas palabras: *¿Acaso no hay milicia para el hombre sobre la tierra?* (ó sea, ¿Acaso la vida no es una incesante lucha con todo género de desgracias)? *En*

verdad como dias de jornalero son sus dias, anhelando siempre la sombra (ó noche) *para descansar de tanta fatiga... un viento ha sido mi vida... déjame ya* (Dios mio, por compasion), *pues vanidad son mis dias.... ¿Qué es el hombre para que le tengas en tanto y dirijas á él tu corazon?.. si he pecado, ¿qué habré hecho contra tí, espía del hombre?... ¿Para qué me pusiste sujeto á que recibiese tus golpes?... Perdóname, pues pronto dormiré en el polvo y nada quedará de mí...* No puede darse mayor fuerza de sentimiento y verdadera poesía.

Toma entonces la palabra otro amigo, Bildad, el Schugeo, (cap. VIII), y mostrándose altanero, increpa á Job por el orgullo que en sus palabras cree encontrar y probando que, si no él, sus hijos han podido irritar á Dios con sus iniquidades y atraerle tal desventura, pasa á demostrar nuevamente que solo los impíos pueden ser desgraciados en este mundo.

Contesta luego Job (cap. IX y X), á tales insultos, mostrando los grandes deseos con que apetecia ser llamado á juicio por Dios para acreditar su inocencia; mas cree que el Omnipotente se desdeña en medio de su poderío de descender hasta ese punto, y sienta el principio de que la Providencia confunde en sus azotes al justo con el impío, viéndose, antes bien, feliz á veces al hombre perverso, si bien reconoce que aun quedando *tan blanco como la nieve* en la purificacion de sus manchas, no alcanzaria que lo tuviese por inocente. *¿Acaso*, dice, *es agradable qara tí el oprimirme? ¿Tienes ojos de carne como los mios? ¿Tus dias son*

acaso como los dias de un hombre... para que busques mi pecado como con deseo de castigarme?... ¡Tus manos me formaron y tú mismo me destruirás!... ¿Y para qué me sacaste del vientre de mi madre?... ¿Acaso no van á cesar luego mis dias? Aparta tu mano de mí y me regocijaré todavía un poco!... Ampliacion magnífica de los pensamientos contenidos en las anteriores imprecaciones, en que hay que notar que la fuerza del dolor lleva al virtuoso Job á prorumpir en un olvido de la justicia de Dios.

Entra luego el tercer amigo Tsofar el Nohemita y dice que no espere justificarse por medio de sus elocuentes palabras, pues nada es la ciencia de los hombres junto á la de Dios, juez que ha de terminar esta contienda; pasa á exponer la insensatez del hombre diciendo que *es necio y carece de mente, naciendo como asno silvestre,* le escita á que recuerde sus desvaríos y se purifique, y concluye pintándole para entonces un porvenir lisonjero en compensacion de lo que ahora sufre (cap. XI).

Tomando entonces nuevamente la palabra el ilustre Job (cap. XII, XIII y XIV), no puede ya contener la cólera que el vano consuelo de sus falsos amigos le ha ocasionado. Mostrándoles su necedad y el superior talento con que Dios le ha dotado respecto de ellos y exaltada su imaginacion, trata de probar que el justo vive despreciado, y feliz por el contrario el hombre inicuo. Haciendo luego ver la iniquidad de sus amigos, que tanto le insultan, vuelve á rogar á Dios le deje estar y le haga conocer en qué le ha faltado, y pintando admirablemente la debilidad y miseria del hombre,

dice de este modo: *¿Por qué me has de tener como enemigo? A una hoja impulsada por el viento haces temblar... ¡á una paja persigues!... ¡Como madera careada, como tela devorada por la polilla me consumo!... El hombre, hijo de la muger, corto en días, largo en sinsabores: como flor que germina y se marchita en seguida, como sombra que huye sin pararse.*

Replica todavía Elifaz (cap. XV), insultando nuevamente al mísero Job, tratándole de impío y de ignorante, y volviendo al obligado tema de la desgracia reservada solo para el perverso, que desarrolla elocuentemente.

A esto contesta Job (cap. XVI y XVII), quejándose de los vanos consuelos que ha escuchado y declarándose de tanta inteligencia como sus amigos, á quienes desafia á que se pongan en su lugar y vean cómo entonces hablarian: manifiesta ademas el consuelo que en sus ayes encuentra y pinta con elocuentes palabras su afliccion, que su misma familia y amigos le aumentan horriblemente: dice tambien que *Dios le ha puesto en manos del impío* y espone la historia de su desgracia en estos términos: *Sano estaba yo y Dios me ha hecho pedazos, cogiéndome del cuello y lanzándome contra una roca... acometióme un nuevo golpe á la vista todavía del que le antecedia: corrió contra mí como un hombre; saco he vestido y puse ceniza sobre mi cabeza. Háse calentado mi cara con lágrimas... Tierra, no cubrirás mi sangre?... En los cielos está mi testimonio... se me burlan mis amigos... mi vida ya está destruida... espérame el sepulcro... sal, tú* (Dios mio) *por fiador mio... pues en la tierra no lo*

encuentro... Noche para un dia han sido mis dias, crepúsculo vespertino (por lo corta). *Al amanecer clamo: Padre mio eres tú, los gusanos son mi madre y mi hermana... ¿En quién pues confiaré?... Si con el polvo viniese el descanso!...* Pintura admirable de la angustiosa situacion en que se encontraba tan grande varon, á cuya elocuencia no sobrepuja nada de lo que los mortales hemos oido hasta ahora.

Replica entonces á su vez Bildad (cap. XVIII) rogando que callen todos y oigan su discurso y procurando convencer nuevamente á Job de que solo los impíos son los que reciben los azotes del Altísimo, burlándose de su ira, con que confunde su afliccion, en términos de decir *¿acaso por tu causa va á ser abandonada la tierra* (de dolor) *y se van á mover de su sitio las rocas?*

Contesta á su vez Job é increpa (cap. XIX) como debe á sus molestos amigos, diciéndoles: *¿Hasta cuando vais á afligirme ó molestarme con vuestros discursos? Ya es ésta la décima vez en que me abochornais* ó provocais: *no teneis vergüenza: me estais oprimiendo. En verdad he pecado; mas mi pecado pesa solo sobre mí* (nada sobre vosotros)... *Si quereis tratarme con insolencia, sabed que Dios es quien me ha encorbado... Gritaré contra él* INIQUIDAD *y no me oirá.* Continúa luego esponiendo, siempre con elocuencia, su desgracia y la soledad y abandono en que su misma muger, sus siervos y sus amigos le han constituido, y concluye diciendo: *¿Por qué habeis de perseguirme, tambien vosotros, como Dios, si mi carne no ha de*

satisfaceros? ¡Quisiera Dios que se escribieran ahora estas mis palabras...

Arguye entonces Tsofar (cap. XX), tratando de probar la misma proposicion de los discursos anteriores, aunque mostrando menos acritud que sus compañeros.

Replica luego el ilustre Job (cap. XXI), y, provocado por tamaña afliccion, desarrolla el tema de la felicidad de que se vé gozar al impío y se pregunta *¿Por qué los impíos viven y se hacen viejos y muy ricos? Su descendencia está firme, sus casas en paz, sus ganados creciendo mucho, sus dias se consumen en la felicidad*: y mostrando deseo de que *se apague la lámpara del impío*, dice: *que en un momento se ve desaparecer,* (sin embargo) *á veces, al que se creia tan arraigado, convirtiéndose en paja impelida por el viento ó guardando Dios dolores para sus hijos, que pronto ven su ruina, aunque otras se los ve morir felices.* No es estraño que la desgracia suma de que se ve maltratado Job estravíe su imaginacion y le haga prevaricar, en cierto modo, creyendo que los malos, con quienes actualmente se comparaba en suerte, gozan á veces de completa felicidad.

Arguye entonces por tercera vez Elifaz (cap. XXII), diciéndole que, puesto que á Dios ningun provecho le habia de producir su castigo, no lo sufriria si fuese inocente, y pasa á probar que ha podido pecar, concluyendo por pintar elocuentemente la felicidad que está reservada siempre para el justo.

Replica luego Job (cap. XXIII y XXIV) probando que desea que Dios le llame á juicio, aunque no espera que el Señor

le escuche, y concluye por reconocer el castigo que hay reservado para el hombre perverso, todo ello reasumido en estas palabras: *levantaránse dentro de poco* (los malos) *y no existirán ya, siendo segados como la cabeza de una espiga.*

Argúyele por tercera vez Bildad, pintando elocuentemente el poder de Dios y pasa luego á demostrar la imperfeccaion del hombre en estos términos *¿cómo podrá justificarse ante Dios el hombre, hijo de una muger, cuando ni aun la luna y las estrellas son á su vista puras?...»* terminando con esto sus discursos, cual si ya no supiese contestar á Job.

Toma entonces éste nuevamente la palabra, y en los capítulos XXVI al XXXI describe el poder de Dios y el castigo que el impío ha de sufrir, pasando á hablar con encantadora poesía de la sabiduría, por cuya procedencia interroga, sin que la vea en ninguna parte mas que en Dios; pinta luego su antigua ventura cuando gozaba de toda la que á un Patriarca ó Príncipe querido y venerado por sus súbditos puede caber, conmoviendo aun al corazon mas duro la pérdida de tanta dicha, que llega hasta sufrir el insulto de quienes hasta entonces eran miserables: dice luego á este propósito: *Triste está mi ánimo en mi afliccion... mis entrañas conmovidas y ardiendo sin cesar... moreno* (de tanto llorar, como el sol)... *hermano soy ahora de los dragones y compañero de los hijos de la cigüeña,* (por el desierto en que vivo). Concluye por fin repasando todos los actos de su vida para ver si encuentra iniquidad, por la que

tan fuertemente haya debido castigársele, como quiera que, repite, *el impío no ha de ser feliz.* Convencidos ya ó avergonzados los tres amigos de Job, no se atreven á hablar más; y entonces toma la palabra un jovencito, llamado Elihú (cap. XXXII al XXXVII) que comenzando por insultar á todos los presentes, arguyéndolos de ignorantes, mientras que él en sus pocos años dice *ser muy sabio y elocuente*, pasa á probar la desgracia que siempre acompaña al hombre perverso, y concluye pintando el escelso poder de Dios, que la naturaleza nos revela en todos sus fenómenos y mostrando que nunca se presenta Aquel claramente, como un compañero, al hombre con los ojos de la carne.

Cámbiase entonces (cap. XXXVIII) la escena con un suceso estraordinario, que viene á animarla mucho, la aparicion del mismo Dios, que, acompañado de una tempestad, baja para confundir á los amigos de Job y dar fin á las desgracias conque lo estaba probando. Comienza Dios por preguntar á Elihú si sabe *dónde se apoyan las columnas del firmamento*, y cómo se esplican los grandes fenómenos físicos, y si conoce (cap. XXXIX) la naturaleza de las rupicabras, de las ciervas, del asno silvestre, del búfalo, de la cigüeña, del caballo y del buitre. Pasa despues el mismo Ser Supremo (cap. XL y XLI) á pintar en numerosas y elocuentísimas palabras la estraordinaria fuerza y resistencia del cocodrilo, preguntando antes si habrá álguien que con Él arguya, á lo que contesta Job: *hé aquí que soy muy débil, ¿qué podria contestarte? Sello mis lábios, pues una palabra diria y dos dejaria de contestar*, hasta que, concluido ese magnífico dis-

curso, replica Job: (cap. XLII) *sé que todo lo puedes y que no es árduo para tí pensamiento alguno. ¿Quién es el que podrá ocultar un pensamiento sin ciencia? Ciertamente hablaria, y yo mismo no me entenderia: maravillas serán para mi que no conozco. Oye, te ruego, y hablaré: te preguntaré y me harás saber. En verdad te ven ahora mis ojos. Ciertamente estoy anonadado y gimiendo sobre el polvo y la ceniza.* Concluido este breve, pero magnífico discurso, dirigiéndose el Señor á Elifáz y sus compañeros, les muestra lo muy irritado que le tenian por no haber hablado la verdad como Job, y les manda presenten á éste siete becerros y otros tantos carneros para que ofrezca un sacrificio por ellos; y levantando la cabeza de Job desaparece, concluyendo todo con devolvérsele la salud y el duplo de sus antiguas riquezas é hijos y completa felicidad, acompañada de largos años de vida, ó sea ciento cuarenta sobre los que habia cumplido (que debian ser setenta.)

Así termina ese magnífico drama, cuya doble accion pasa en la tierra y en el cielo, segun se vé, siendo arriba actores Dios y el ángel malo, de cuyo decreto parte todo lo ulterior, y abajo Job y los cuatro amigos, que ignoran la decision de Dios y no pueden menos de cumplirla, probando unos y otros su respectiva justicia y santidad. Escusado sería que entráramos ahora á realzar mas y mas las innumerables bellezas de espresion de este libro, que sobreviviendo á tantas tempestades como se han levantado contra la humanidad en el transcurso de mas de mil años, es todavía hoy la inimitable fórmula de los lamentos

que toda miseria hace lanzar á los mortales. Presentía, sin duda, el ilustre Job el efecto que sus sublimes quejas habian de causar siempre en el que las escuchara, y por esto decia en uno de sus últimos discursos: *Ha venido á ser para el triste mi cítara, y mi flauta para los que lloran* (como modelo) (Cap. XXXII), pues hoy, como siempre, los armoniosos ecos de su cítara responden perfectamente á los acentos de todo corazon lacerado.

Si se nos exigiese la calificacion literaria de este sublime libro, no dudaríamos en llamarle *poema didascálico* (advirtiendo ante todo que el *prólogo* y el *epílogo* están en prosa), pues no se ve en todo él otra cosa que una discusion animada de un doble tema filosófico-religioso, que podríamos exponer en estos términos: *¿Alcanza solo al hombre malo la desgracia, ó llega tambien al virtuoso? ¿Qué es en realidad la vida del hombre?* El estilo enigmático, parabólico y sentencioso que se observa en toda esa obra y las elevadas nociones que sobre el Ser Supremo, el Hombre, la Sabiduría y las Artes, se esponen en ella con todo cuidado, confirmarán por otra parte, en esa mi calificacion á cualquiera que vacile en aceptarla. No convendremos, por consiguiente, con los que creen ver en ese libro un verdadero drama, solo porque observan diálogo y accion con principio, nudo y desenlace. Precisamente la accion está, mientras dura el poema, suspendida, consistiendo siempre en la inaccion completa de todos los personajes, que jamás se mueven de su sitio; la escena nunca cambia, aunque unas veces se dirija Job á uno, otras á otro, pues siempre están todos presentes, y el

diálogo, por fin, no basta á calificar de drama á cualquiera obra, como no lo son los de Luciano, Platon, Ciceron, etc. No nos opondremos, si se quiere; á calificar como elegiaco, á la vez que didascálico, ese libro, ya que los discursos de Job son magníficas endechas, con que se puede llorar la mas grande de las desgracias, por el tono sentimental y profundamente melancólico que las caracteriza. No somos, por lo demas, nosotros muy dados á calificar los géneros de la Literatura hebráica al modo de las demas, pues un arte tan antiguo, símbolo de una idea muy especial suya, no podía estar completamente acorde con las manifestaciones del arte de las ulteriores generaciones.

El Semitismo, que este libro representa con toda perfeccion, no admite mas poesía que el cántico religioso, el *Schir*, ni mas ciencia, ni mas filosofía que la parábola, el estilo sentencioso, el *Maschal*. Dominado por la idea de un Dios Omnipotente, cuya hechura es el mundo todo, caduco de suyo é imperfecto, y no viendo en la naturaleza ni en sus leyes sino instrumentos de su Providencia para castigar al perverso, no encontraba otros afectos ni otra inspiracion en poesía que los acentos de la mas viva gratitud al Hacedor, ni creía dignas de estudiarse aquellas leyes, contentándose con meras consideraciones propias de un buen sentido filosófico. Por esto nunca se vió entre los hebreos, idumeos, árabes, Beni-Kedem, una epopeya, ni un drama, ni poesía lírico-heróica, en que había de desarrollarse una accion humana, para ellos despreciable en su propio *mérito*; ni hubo un sistema filosó-

fico, ni cultivo, en general, de las ciencias físicas y naturales. Si esos pueblos llegaban á estudiar esas leyes físicas, como en Job vemos, no solo las referian siempre á la causa primera, á Dios, sino que las ponen en sus manos para realizar por su medio sus fines providenciales. Muy diferentes en esto los indo-europeos, rebajando la divinidad hasta el hombre y las fuerzas naturales y hasta los vicios, con que la personificaban, estudiaron el hombre y el mundo en todas sus relaciones, aunque sin el superior criterio de la revelacion y cultivaron la epopeya, el drama, la lírica-heróica, la filosofía, las ciencias, las artes.

Si queremos observar qué nociones filosóficas se encuentran en ese sublime libro sobre las ideas mas fundamentales de la Humanidad, salta ante todo á nuestra vista la exacta pintura que nos hace de la omnipotencia, justicia y ciencia del Ser Supremo. *Con Él están*, dice Bildad, *la dominacion y el terror, Él es el que da la paz desde las alturas. ¿No son innumerables sus ejércitos? ¿Cómo puede justificarse el hombre ante Dios, si ni aun la luna y las estrellas son á sus ojos completamente puras?... Las columnas de los cielos son sacudidas por Él y llénanse de pavor. Por Él en el cielo hay esplendor: Él hace temblar aun al cocodrilo. ¿Quién es capaz de percibir el trueno completo de su fuerza? Dios solo comprende el camino de la sabiduría y Él sabe su verdadero lugar.*

El hombre, nacido de la muger: breves son sus dias, largo su susto. ¿Para qué al desgraciado se habrá dado la vida? He aquí compendiado cuanto Job nos dice bellísi-

mamente sobre el hombre esplicando la realidad de la vida: disgusto, afliccion casi incesante. *El hombre es un insecto, el hijo del hombre es un gusano*: tan poca cosa es bajo su aspecto material el que en su orgullo quisiera escalar los cielos. En verdad, no puede calificarse con mas exactitud esta corta estancia que el hombre hace en el mundo, en el que nace acompañado del dolor, vive arrastrado de incesante aspiracion hácia un bien que aquí no alcanza, y dominado por la amargura y el pecado, y muere para venir á convertirse en polvo, si solo á su parte corporal nos atuviéramos. A eso, en último resultado, viene á parar esa vida que tanto apetecemos, aun en el hombre que mas feliz nos parezca, causándole su misma riqueza, sus dignidades, su ciencia, incesantes sinsabores.

De observar es la solucion que Job da al problema de la Providencia en su relacion con los justos y los perversos. Conviniendo todos los interlocutores de ese poema en que solo son desgraciados los hombres malos, sin que se permita Job sentar lo contrario sino en un acceso de verdadera enagenacion, producida por su miseria y su justicia (y aun entonces establece que el perverso, aunque sea feliz, no lo es hasta el fin de sus dias, á diferencia del justo que muere tranquilo y á su tiempo), dedúcese del argumento del libro que los buenos son á veces probados por Dios en este mundo, pero siempre al fin recompensados. Doctrina elevada, dogma consolador, que debia excitar amor á la virtud y horror á la perversidad, por temor á lo meenos, á las consecuencias del castigo; pero respecto del cual Jesucristo vino

á mejorar mucho la bondad de tal principio, haciendo tender nuestras miradas hácia otro mundo, verdadera patria nuestra, donde, sino en éste, hemos de recibir la recompensa de nuestras acciones. De este modo aun el bueno no estraña su desgracia en esta vida y hasta se goza en ella como augurio de la eterna dicha que le espera, y el malo, aunque feliz aquí, puede temblar en el momento de su muerte. De observar es que Job atestigua estar convencido de la inmortalidad de su alma, de su resurreccion ulterior de entre el polvo y de la futura venida del Mesías, pues que dice: *Sé que mi redentor vive y de aquí á largo tiempo sobre el polvo ó la tierra se levantará. Cuando, sin embargo, mi cuerpo se haya destruido* (ó cuando hayan horadado así mi piel) *desde* (ó en) *mi carne* (nuevamente) *veré á Dios, á quien yo veré y mis ojos le habrán visto, como no estraño á mí.....; se han consumido ya mis entrañas en mi seno ó pecho.* (1) En efecto creia en una vida posterior á

(1) Asi traducimos este dificil texto, atendiendo tan solo al original: la Vulgata dice: *Scio enim quód Redemptor meus vivit et in novissimo die de terrá surrecturus sum — Et rursúm circumdabor pelle meá et in carne meá videbo Deum meum.—Quem visurus sum ego ipse et óculi mei conspecturi sunt et non alius: reposita est hœc spes in sinu meo*; version eon la eual no eneontramos eonforme el testo, respeeto de la forma (no en la eseneia y el sentido) aunque aeatamos, aun en eso, siempre el juieio de la Iglesia En efecto, el verbo *Yaqum* es tereera pers. y no *primera* del futuro de Kal y debe traducirse, *se levantará* y no *me levantaré* y pareee referirse á la venida del Redentor, no á la resurreccion de Job; la frase *Wajár jori nigfu—zoth* no puede menos de traducirse «*Y despues que hayan destruido ú* horadado *mi carne*» y no de *nuevo me ceñiré de carne*; la palabra *Wmibsari* que podia ser tambien *y sin mi carne*, puede y debe entenderse *en mi carne*, pues asi lo han entendido todos los intérpretes desde San Gerónimo hasta nuestros dias, y así se refiere á la resurreccion marcadamente; y por último, la frase *Calu quiliotai bjequi*, es: *se han consumido ya mis entrañas en mi seno* (de tanto padecer) no: *repossita est hœc spes in sinu meo*, si bien aquella frase metafórieamente significa lo que esta. Estas diferencias, sin embargo, eomo siempre, son solo de forma, pues en el sentido y el dogma la Vulgata es enteramente fiel.

la mortal, que apetecia perder, como en su futura resurreccion y en la venida del Salvador, cuando en tales términos se esplicaba. No podemos menos de advertir, sin embargo, que contrapesada esa creencia con la del *Schol* ó Infierno, (lo que llamamos en rigor *seno de Abraham*) en que creia descansaban así los justos como los perversos, dista mucho de la consoladora doctrina de nuestro Redentor, que reserva para esa futura vida la debida recompensa de cada uno. No es estraño, en su virtud, que Job, en medio de su respeto á la Divinidad, se desesperára á la vista de su grande miseria y deseára no solo morir y descansar, sino no haber nacido; punto á que el cristiano nunca puede llegar, comprendiendo lo que vale una alma que puede salvarse. Véase, pues, cómo el libro de Job en su grande filosofía, es todavía inferior al consuelo que nuestra religion proporciona al desgraciado.

De notar es la idea que del *Satan* hace formar este poema. Es, segun este, un ser que acechando siempre, como el cristianismo tambien dice, al hombre para perderle, obra sin embargo como delegado del Altísimo, cuya licencia impetra siempre que ha de obrar. No es, pues, aquel enemigo, que rebelde siempre á Dios, contraría constantemente sus órdenes sin que jamás se atreva á mirarle: su naturaleza es la misma de los ángeles, segun Job, sino que estos son mensageros solo para el bien, aquel solo para el mal. Y ved cómo, segun Job. la córte de ese Dios, único, omnipotente, sábio, cuya idea tan claramente expone, se forma de esos ángeles que le auxilian en sus relaciones con

el hombre, hombre al que por otra parte cree, como todo el pueblo hebreo, formado de polvo de la tierra con el soplo vivificador que lo animó (ó sea el espíritu ó alma.)

Mas no basta lo espuesto para entender la alta filosofía del Job. Ya hemos visto cómo describe al hombre. No dá, sin embargo, menor muestra de su conocimiento del mundo moral al pintar los amigos de Job que, apesar de deberle grandes beneficios, van á verle con solo el objeto de insultarle, queriendo probar que sus pecados lo han traido á aquel estado, y *las rocas no se moverán de su sitio* ni la naturaleza alterará sus leyes, aunque él padezca tanto. Y por cierto que á tal conducta, tan comun en medio de la corrupcion de los hombres en todos los siglos, se corresponde por Job practicando, aunque por mandato divino, el admirable precepto, entonces aun no promulgado, de orar por nuestros mismos enemigos, ofreciendo aquel héroe de la paciencia sacrificios expiatorios por su pecado.

Mas este poema no solo es notable por la filosofía que lo basa, sino que dá al propio tiempo muestra de una cultura elevada con grande conocimiento de las leyes físicas del universo, que en los antiguos difícilmente vemos comprendidas. Estudiad, sino, ese discurso del último amigo de Job, Elihú, y allí vereis esplicada la naturaleza de las nubes y la lluvia como hoy pudiéramos hacerlo. Ved en una de las respuestas de Job á sus amigos la formacion de los metales en las minas y su estraccion y laboreo. Observad, por último, la descripcion del caballo, del cocodrilo y de otros varios animales, que prueban el exacto co·

nocimiento que se tenia por el autor de los varios reinos de la naturaleza, lo cual no admira poco en aquellas remotas épocas en que suponemos no habia mas que ignorancia y preocupaciones. (1) No dejaremos de recomendar, dicho sea de paso, la larga cuanto bella descripcion del cocodrilo hecha por boca de Dios mismo, por ser uno de los mas importantes y difíciles trozos de ese gran poema. (cap. XL y XLI.)

Hay, Ilmo. Sr., un hebraista, Mr. Ernesto Renan, que aunque trata de poner de manifiesto la filosofía altísima que revela este poema, no vacila, sin embargo, en llamarle impío por las imprecaciones y proposiciones del mísero Job. Lejos de nosotros tal imputacion; si aquel virtuoso varon maldice al dia en que nació y llama á juicio al mismo Dios para que le diga por qué le castiga, efecto es indeclinable de la enagenacion que la gravedad de la desgracia y los insultos de los amigos le habian ocasionado, sin que ni aun entonces maldiga á Dios, su Hacedor, como su muger le aconseja, ademas de que él mismo se retracta de sus imprudentes aserciones antes de que el Altísimo venga á poner término á su angustiosa situacion, Bronce ó piedra, no carne sensible, habria mostrado ser aquel varon, si en medio de su desconsuelo no se hubiese quejado, buscando, como él mismo dice, un desahogo á sus penas.

En concepto de ese mismo autor Mr. Renan, el discurso de Elihú fué interpolado en el poema con posterioridad á su

---

(1) Bueno es tambien advertir que en este poema se muestran grandes conocimientos de astronomia, siquiera sea práctica, nombrándose, como hoy lo hacemos, varias constelaciones, como las Osas mayor y menor etc.

primera disposicion, creyendo deducirlo así del silencio que en el pròlogo se guarda sobre ese cuarto amigo; pero esto no es estraño, pues pudo presentarse despues, no siendo tampoco las diferencias que en su modo de discurrir y de hablar se notan tales que merezca tenerse por obra de autor diferente. Mucho menos están en este caso el prólogo y el epílogo, como algunos suponen por solo estar en prosa.

Mas ya que hemos visto el argumento y principales bellezas de este divino poema, oportuno será que nos propongamos conocer la época y pueblo que representa, el autor á que se deba y la verdadera personalidad del protagonista Job, puntos todos en extremo difíciles de resolver por la diversidad de opiniones que divide á los expositores.

Es indudable que este poema es representante genuino del semitismo: todas sus ideas sobre Dios, el hombre y el mundo están enteramente acordes con los caracteres que distinguen á esa antigua raza del linaje humano, que ya oportunamente hemos reseñado. No es, sin embargo, la hebráica la rama de ese robusto arbol que produjo tan sabroso fruto, en concepto de distinguidos expositores. No mencionándose la ley, *Thoráh*, ni úna sola vez en ese poema; no apellidándose á Dios Jehová, sino en el prólogo y epílogo y cuando habla el autor y no los interlocutores (pues en los demas casos se llama *El, Schaddai, Elóaj,* con que dificilmente reemplazaban los hebreos el nombre de *Jehová*); describiéndose con tanta proligidad el cocodrilo y el caballo (que la tierra de Canaán no conoció) y dándose, por último, en ese libro una idea del Satan muy distinta de lo que

ese pueblo creyó hasta los últimos siglos, podemos asegurar que ese poema no es representante esclusivo del hebraismo, sino de todo el semitismo, y en especial de los idumeos y Beni-Kedem, á cuyas tribus pertenecian los interlocutores que en él se presentan. Job, además, es un Emir, un Patriarca y Sacerdote á la vez que hace sacrificios, y esto no es propio de la civilizacion hebrea propiamente tal, ó sea despues de los tiempos de Moisés, al paso que si dicho héroe, siendo hebreo, fuera anterior á éste, la Biblia nos habria dejado su biografía, cual las de Abraham, Isaac, Jacob. etc. No diremos, sin embargo, que ese libro se escribiese en un principio en árabe, traduciéndose luego al hebreo: basta entender medianamente este idioma, conociendo ya algo bien el lenguaje bíblico, para convencerse de que ese poema ha debido escribirse originariamente en hebreo, ya que tiene toda la fuerza, toda la energía de una obra que se ha pensado en ese mismo idioma.

Mas ya que sea hebreo ese gran libro, portento de los siglos, ¿en qué época se escribió? Si hemos de creer á Lamartine, ese poema es ante-diluviano; si á los mas de los expositores, es del tiempo de Moisés antes de la salida de Egipto; si á otros, es del tiempo de David y Salomon; si á Mr. Ernesto Renan, orientalista ya citado, es del siglo VII ù VIII antes de Jesucristo; si á otros, por fin, es del v.° ó de la vuelta del cautiverio. En esta diversidad de opiniones, sostenidas por tan doctos varones, no puedo menos de convenir en la antigüedad de ese poema, que ha llegado hasta nosotros á través de mas de tres mil años; mas de

ningun modo diremos que sea ante-diluviano, mientras no se nos pruebe que en él hay algun indicio que lo muestre; además de que, como Mr. Renan observa, no hay en esta obra nada de arcáico, nada de imperfeccion en la lengua que en ella se vé, como en ese caso la habria. Es indudable que este poema estaba ya escrito en tiempo de Ezequiel, quinientos noventa y cinco años antes de Jesucristo, y de Tobías, pues aquel dice cap. XII y XIII. *Et si fuerint tres viri isti in medio ejus, Noé, Daniel et Job, ipsi justitiâ suâ liberabunt animas suas;* y el segundo dice cap. II, vers. 12: *Hanc autem tentationem permisit Dominus evenire illi ut posteris daretur exemplum patientiœ ejus, sicut et sancti Job.* Jeremias, además, un siglo antes del cautiverio, copia, capítulo XX, vers. 14, las imprecaciones del primer discurso de Job; pero en su inferior elocuencia da á entender que las toma de éste. Además, cuantos libros se escribieron por los hebreos despues del cautiverio contienen repetidos trozos de caldeo, que muestran ya la decadencia de la lengua, circunstancia que está muy lejos de observarse en Job, que no tiene frases estrañas, como no sean siriacas ó arameas y arábigas, y aun esto rara vez. No tendremos, en suma, inconveniente en asignar este poema á la época primera de Moisés, por el contacto que revela con el pais del caballo y del cocodrilo, Egipto (que aquel conoció tan exactamente) en las descripciones referidas, pudiendo así dejar de nombrar la Ley, aun no promulgada. Sin embargo, libros posteriores como algunos salmos, los proverbios, el Eclesiastés, no la mencionan tampoco,

y por otra parte las turbas de *Kasdim* ó malhechores públicos que cita Job como devastando lo que encontraban por los caminos, son, segun Renan, de época muy posterior entre los hebreos (Amos, Oseas, Isaías, setecientos setenta años antes de Jesucristo) asi como la teoría de los Beni-Elohim y Satan tampoco los conoció Israel hasta sus últimos siglos. Bastaba, no obstante, que lo uno y lo otro se conocieran en la Idumea, donde la escena de este poema se desarrolla, en la época de Moisés; y así se rebate este argumento. Es lo cierto que los mas de los Santos Padres no vacilan en asignar este poema al tiempo mencionado de Moisés, por mas que los rabinos lo pongan muy en duda; y algo puede significar en ellos la tradicion de su pueblo respecto de los libros Santos, que con tanto respeto han mirado siempre.

Mas ¿quién es ese poeta gigante de los siglos, cuyos tristes y sublimes acentos resuenan todavía en nuestros oidos? ¿Quién elevó ese imperecedero monumento en honra del mas paciente de los hombres? Cuestion es esta enlazada íntimamente con la anterior y tan debatida como ella. Divididos tambien los expositores sobre este punto, creyendo los unos que ese poema fué debido al mismo Job, otros á sus amigos é interlocutores, otros á Moisés, otros á David ò Salomon, otros á Isaías, opinamos con los mas de los sagrados intérpretes que fué obra del gran legislador, historiógrafo y poeta Moisés, que en su primera época, estando desterrado en casa de su suegro, compuso ese poema para alentar á los hebreos é imbuirles resignacion en las gran-

des penalidades á que los sujetaban la esclavitud presente de Egipto, la próxima peregrinacion por el desierto y las guerras que los esperaban. Estamos, á lo menos, ciertos de que ninguno de los otros autores que se designan compuso ese libro, ya que Job ni sus amigos no hay motivo para creer lo fueran, cuando aquel muestra deseos de que se escriba su historia; ni David, ni Salomon por solo alguna frase aramea, que Job tambien tiene, podemos suponer dejaron de tomarla de éste; ni Isaías por fin fué autor del tal poema por la sola razon de que éste comience diciendo: *Isch hayá* (varon habia), que suena como *Isaías*. Ni basta oponer que Moisés consignó siempre en sus obras el principio de que el justo es siempre feliz y el perverso desgraciado, mientras que Job sienta á veces lo contrario; pues aquel se refiere al pueblo, á la nacion, en que siempre sucede que la que llega á corromperse se destruye rápidamente, no al individuo, que á veces, aunque impío, goza de prosperidad; además de que, aunque Job, en un acceso de verdadera enagenacion, predique la felicidad del perverso, se retracta despues, como sabemos. No se nos objete tampoco con la falta de condiciones poéticas de Moisés, pues que los bellísimos cánticos del paso del Mar Rojo, de su despedida de Israel y otros que entre los salmos hay incluidos, prueban evidentemente que en su pecho ardia todo el entusiasmo é inspiracion de un gran vate, y en su lengua toda la energía de las mas brillantes descripciones, y en su imaginacion toda la lozanía de la mas rica poesía. Tampoco será para nosotros un grave argumento la

opinion de los rabinos y su menosprecio hácia este poema, cuando tanto han respetado siempre todos los libros de Moisés: ha bastado para ellos que en esta obra no se reseñára su peculiar civilizacion, sino mas bien la de sus hermanos los idumeos y Beni-Kedem, y en su virtud han pensado y hablado siempre sobre esa obra con algun desprecio, prescindiendo por completo del autor á que se debiera, aunque nunca la rechazaron de su cánon, colocándola antes bien á la cabeza de los agiógrafos.

Pero el protagonista ó héroe de este inmortal poema, en quien está representada la Humanidad y el mismo Redentor en toda su pasion, ¿es acaso mero producto de la imaginacion de un autor y una simple parábola su historia? Hé aquí una nueva cuestion que muchos no vacilan en resolver afirmativamente, creyendo que no existió nunca un hombre llamado Job, á quien ocurrieron las desgracias que ese poema nos refiere. Lejos de nosotros, sin embargo, el separarnos del criterio católico con que debemos estudiar ese libro, que forma parte integrante de las Sagradas Escrituras. Los textos ya citados de Ezequiel y Tobias, proponiendo como modelo á Job, no lo hicieran de seguro si esa historia fuera una fábula, como quiera que, aunque no sean inútiles los ejemplos de hechos que nunca se han verificado, la Biblia en las simples parábolas, por ejemplo, las del Evangelio, nunca pone nombres propios como sucede con los interlocutores del Job: parangonándosele además, en Ezequiel, con Noé y Daniel, cuya existencia nadie ha puesto en duda, no hay motivo alguno para tenerla res-

pecto de aquel varon. Lo mismo decimos del texto que contiene el vers. 11 del cap. V de la epístola de Santiago: *Beatificamus eos qui sustinuerunt. Sufferentiam Job audistis et finem Domini vidistis*. Por extraordinaria que sea la personalidad de un Job virtuoso y paciente en tal grado enmedio de un pueblo gentílico, como era el suyo, á no dudarlo, nunca se podrá negar que haya podido existir portento tan grande, debido á la gracia del Altisimo, á que nada se resiste. Ademas, varios martirologios tienen entre los Santos á Job, y no toleraria esto la Iglesia que siempre le antepone el mismo epiteto de Santo, si no hubiese existido semejante varon.

De observar es la rara y frecuente combinacion que en este poema se hace de los números siete y tres. Siete eran los hijos de Job, siete mil sus ovejas, siete los dias que sus amigos le contemplaron en silencio, siete los animales por cuya naturaleza pregunta Dios á Elihú, siete las víctimas expiatorias de cada clase que se ofrecen por los amigos de Job, y setenta, por último, debieron ser los años de Job antes de la desgracia. Tres eran sus hijas, tres mil sus camellos, tres sus primeros amigos y compañeros, tres, por fin, las veces que cada uno de éstos, menos Tsofar, habló á Job. Doble número de ganado é hijos respecto de los nombrados fué tambien lo que recobró despues el mismo Job. No se objete, sin embargo, con esta coincidencia, que á primera vista parece inventada por el poeta, contra la veracidad de la historia. Los sucesos de ésta, aun con esa combinacion, son muy verosímiles, encerrándose en ella

un misterio que el Altisimo habrá velado á nuestros ojos (1).

Mas si ese ilustre varon ha existido, ¿serán suyos todos los largos discursos que en su boca pone el poeta? ¿Puede un hombre conturbado por la mas espantosa desgracia, conservar la frescura de su imaginacion y la elocuencia de sus labios hasta el punto de pronunciar las largas disertaciones que hoy leemos en su nombre? Creo que, aunque no habria inconveniente en que así fuera, atendido el desahogo que hablando buscaba, como él mismo dice, y habida en consideracion la naturaleza del hombre semítico de lozana fantasía, podríamos adoptar un término medio, suponiendo que Dios inspiró al poeta ó autor del libro los discursos, ampliados sobre el tema mismo que Job habia desarrollado brevemente.

Job, de todos modos, si existió, como creemos firmemente, era idumeo, de Juts, y de estirpe real, siendo uno de los príncipes que gobernaron la Idumea. No hay mas que ver la pintura interesante que hace el mismo Job de su vida anterior, cuando era feliz (cap. XXVIII), y allí se le verá rodeado del respeto del pueblo, que se ocultaba ante su presencia, como los mismos magnates sellaban sus labios, dice, cuando él se presentaba en público, por temor de ofenderle con sus imprudentes palabras, y era el consuelo de la viuda,

---

(1) No menos vemos jugar esos números, siete y tres en el cristianismo, donde tres son las personas de la Santisima Trinidad, tres las virtudes teologales etc , y siete los sacramentos, siete los pecados capitales, setenta los discípulos que seguian á Jesus, 72 los cardenales etc. Y aun en la misma ley antigua, siete como hoy los dias de la semana, setenta los ancianos que acompañaban á Moisés etc.; y no por tal coincidencia podemos dudar de la veracidad de estos hechos y misterios.

del pobre y desvalido, y jamás se separaba de la justicia en sus fallos, condiciones todas muy propias de un Emir.

Tambien ofrece alguna duda el siglo en que vivió ese ilustre varon: creo, sin embargo, aceptable la opinion que le hace anterior en un siglo poco mas ó menos á Moisés, teniéndole por sexto nieto de Abraham, por Esaú ó Idom (cabeza de los idumeos), fundándose en una nota que precede á este poema en la version de los setenta, que dice que Job vivia en la Ausitide (Juts) en los confines de la Idumea y la Arabia, que su primer nombre fué Jobab y casado con una muger arábiga, tuvo un hijo llamado Ennon, y nombrando á sus ascendientes, pone como su quinto abuelo á Esaú ó á Edom. Algo, pues, puede significar la tradicion que entre los mismos hebreos habia en este sentido, segun indica esa nota de los Setenta, nombrándose en efecto un Jobab en el Génesis entre los descendientes de Esaú. Los amigos de Job son tambien idumeos y uno de ellos themanita, tribu que los profetas nombran como asiento de la sabiduría. Job debió vivir doscientos diez años y alcanzaria proximamente los tiempos de Moisés, puesto que dice el poema que vivió ciento cuarenta despues de la desgracia, y, como todo lo que se le devolvió, debieron ser doble número que los de su vida anterior, como ya sabemos.

Sea sin embargo la que se quiera la época en que vivió Job, su poema ha inmortalizado su memoria y ha trasmitido su nombre rodeado de esplendente gloria á las generaciones que le han sucedido, habiendo elevado con aquel á su recuerdo un obelisco mas ilustre y duradero todavía

que los que el pais del Nilo nos ha legado en honra de sus poderosos Faraones. Con razon se creia ya el mismo Job cítara de todo el que habia de llorar y cancion de todo hombre desgraciado, como ya sabemos, pues despues de treinta y cinco siglos, que apenas nos han conservado ligera memoria de poderosos imperios que avasallaron multitud de pueblos, la de Job permanece siempre con la misma lozanía, interesando todavía vivamente sus amarguras y tomando sus lamentos por modelo de los nuestros.

Quien quiera que hayas sido, ilustre Job, bendice la ceniza sobre que, llagado y miserable, fuiste probado por el Señor: aquel polvo es el esplendoroso y brillante trono en que centenares de generaciones te han saludado, y ese mismo polvo, aunque tan lejano de nosotros, es hoy el magnífico mausoleo en que te contemplamos encerrado. Tú mismo dejaste escrito tu epitafio cuando dijiste: *Scio quód Redentor meus vivit et de pulvere surrecturus est*. Sí, gran Job: aunque de origen gentíl, fuiste profeta al augurar la venida y la resurreccion del Mesías diez y seis siglos antes de realizarse. Ese era el grande consuelo que enmedio de tu miseria te proporcionaba la fé en nuestro comun Redentor, el cual, aun convertido ya tu en polvo, y cuando estuvieses en el abismo, sabias te habia de salvar un dia, y ese es hoy uno de tus mayores títulos de gloria!

═HE DICHO.═

Mariano Viscasillas y Urriza.

CONTESTACION

DEL

Dr. D. José Puente y Villanúa,

CATEDRÁTICO DE HISTORIA UNIVERSAL.

Ilmo. Sr.

En la actual solemnidad académica, primera de su clase que presencia nuestra Escuela, quisiera yo, el menos digno entre todos vosotros de ocupar este sitio, poder contribuir, de una manera adecuada á su elevado objeto, á realzar la importancia del acto que nos ocupa. Si por una parte impone el penoso deber de ostentar en público el conjunto de conocimientos que el nuevo profesor posee en su especial ramo de enseñanza, y cómo es elevado y grande el concepto que de ella tiene formado, no puedo prescindir por otra parte de considerar esta solemnidad como una especie de recompensa. Felicitar al nuevo individuo de la escuela por su promocion al suspirado puesto; traerle á la memoria la lucha sostenida por largos años de carrera á fin de alcanzar el premio de las fatigas; ponderar el mérito de su aplicacion y constancia en el trabajo; elogiar ante el público una vida de nobles afanes y vigilias; justificar

de este modo la eleccion del agraciado por el Gobierno, despues de lid bien reñida, para llenar los claros que la fatiga ó la muerte produce en el cuerpo del profesorado; es á mi entender rendir un justo tributo de aplauso al éxito de la perseverancia infatigable en el árduo camino que sirve de preparacion á los trabajos de la enseñanza.

Es sensible que esta delicada tarea haya sido encomendada á mi, que desconozco el manejo de uno de los resortes mas dificiles de la oratoria, el de formar el elogio de una persona presente, de suerte que sepa el arte no rebajar cosa alguna de los merecidos encomios al propio tiempo que deja sin menoscabo la modestia del sujeto alabado. Felizmente las circunstancias del nuevo apreciable comprofesor nuestro allanan mi camino librándome del enojoso obstáculo: pués no viniendo aquel de lejanas tierras, ni habiéndose formado en escuela diferente de la nuestra, no he menester invocar testimonios ni exhibir certificados en apoyo de mis palabras: me basta evocar recuerdos ante vosotros, respetables compañeros mios, para elogiar cual conviene al jóven profesor objeto de esta recepcion solemne. Dirigí yo en parte sus primeros pasos en la carrera de las letras cuando él era un niño todavía; y no sin emocion recuerdo las fundadas esperanzas que me hizo concebir, y hoy con tanto gusto veo realizadas, el ardor de la niñez en el estudio: ausente desde entonces hasta poco há, encuentro hoy transformado en árbol cargado de ricos frutos lo que entonces era pequeño pero bien nutrido arbusto: vosotros habeis operado y presenciado la transformacion en

esos años durante los cuales vuestra solicitud de maestros ha obtenido el resultado de prepararos un compañero tan digno y aceptable. Recibid, pues, vosotros y él juntamente, el sincero pláceme que os dirijo en estos momentos en que tanto él como vosotros debeis sentir la satisfaccion que produce la memoria de esfuerzos é ímprobas tareas que alcanzaron tan bella recompensa. Si no entro en pormenores relativos á las ocupaciones con que el nuevo profesor ha llenado el tiempo transcurrido entre la terminacion de su honorífica carrera literaria y el reciente nombramiento de profesor propietario, es porque igualmente son cosas que han pasado á vuestra vista y por encargo ó disposicion de vosotros mismos: si en todas ellas ha correspondido con igual lucimiento que escrupuloso cuidado á la confianza depositada en él, bien podemos asegurarle en la carrera de profesor honrosos y no interrumpidos triunfos: la inteligencia preparada y desarrollada con tal constancia y el talento afianzado en las prendas de un noble, religioso y entero carácter, (y sin esto vendria á ser el talento lo que una espada sin empuñadura) tienen de esta manera en lo pasado la mejor garantía de un porvenir lisongero.

Acabais de oir, señores, el escelente trabajo que nos ha presentado nuestro compañero acerca del libro de Job. En él ha manifestado la estructura del gran poema hebráico, las graves dificultades que ofrece su inteligencia, lo mismo en el terreno de la lingüística que en el de la exegesis sagrada; la apología de las bellezas de todo género que la obra comprende, así como la indicacion de muchos puntos oscuros y

que han ejercitado en vano la paciente investigacion de los intérpretes en los tiempos antiguos y modernos. En el terreno propiamente técnico de esta discusion, aun en el caso de ser ella apropiada al acto que celebramos, no podria yo seguir á nuestro compañero, por falta de conocimientos suficientes en la lengua original del poema; y por eso, á fin de llenar mi cometido del mejor modo que me sea posible, á la declaracion y apología del libro de Job, con tanto acierto desempeñada en el anterior discurso, añadiré, prévia vuestra indulgente vénia, algunas ligeras observaciones en vindicacion de los injustos cargos y apreciaciones erróneas de que en nuestros dias ha sido objeto el poema bíblico de que tratamos.

Cuantas veces he hojeado el Antiguo Testamento, otras tantas me ha llamado la atencion el lugar que entre los libros canónicos ocupa el poético libro de Job. A primera vista parece como que no se comprende el motivo de hallarse donde se encuentra. Ya se, que, «independientemente de los libros del Antiguo Testamento relativos á la Iglesia de la antigua alianza ò, del pueblo escogido de Dios, como á su asunto principal ó á su centro, hay en la coleccion sagrada otra série de escrituras que se denominan libros de aspiracion, por cuanto, llenos de fé, de amor, de aspiracion y de promesas, no tienen relacion sino con la palabra de la vida y la redencion sin referirse inmediatamente á la Iglesia ó á la historia del pueblo escogido: por lo menos estas escrituras están del todo independientes de lo que hay de positivo en la ley y de todas las particularidades de su economía.

Entre esos libros de aspiracion santa aparece en primera línea el libro de Job, que, sin tener ninguna relacion con la constitucion mosáica, es sin embargo por su espíritu, un complemento casi indispensable de la revelacion transmitida por Moisés, porque recuerda el espíritu de fé y de confianza en Dios en una época de la religion en que las profecías del porvenir no brillaban todavía con una luz tan radiante: solo coordinado de este modo, y bajo semejante conjunto, aparece el libro de Job en su verdadero lugar y significacion tan importante para el todo.»

«En esta serie forman los Salmos el segundo miembro, y los libros de Salomon el tercero; y segun el triple grado de la vida cristiana interior, que consiste en el trítono de la fe, la esperanza y el amor, se distinguen y están caracterizados del modo mas claro; pues así como Job solo tiende á un fin, que es hacer paciente la fé; así como los libros de Salomon nos anuncian el misterio del amor divino, y los Proverbios la sabiduría que procede del amor eterno y que no es otra cosa que este afecto; del mismo modo los Salmos son los cantos de la promesa y de la aspiracion divina en medio del combate y la esperanza llena de amor.»

Enteramente conforme con esta esplicacion de un eminente crítico, y salvo el respeto á las determinaciones de la Iglesia, únicas decisivas en la materia, todavía en el terreno conjetural permitido á la razon dentro de los límites de sobriedad respetuosa, creo vislumbrar una razon de congruencia en punto al lugar que ocupa el poema de Job y á su significacion en la economía maravillosa de los sagrados libros.

Entróse por el mundo tras la primera transgresion del hombre, y en justo castigo de ella, una multitud de males que comprendemos bajo el nombre genérico de dolor. El dolor es un hecho esencialmente universal, universal porque ataca al hombre entero que sufre en el cuerpo, sufre en la inteligencia y el alma: universal porque á todos los hombres ataca: y el símbolo de la Humanidad, lo mismo que el de cada uno de los individuos que la componen, es el bajel caminando desde su origen hácia su final destino á través de un océano encrespado tan pronto como tranquilo, pero cuyas olas nunca pierden su sabor amargo. Promulgada en el mundo la ley del sufrimiento, ningun hombre ha logrado sustraerse de ella por completo; pues el sufrimiento es un círculo sin salida, formado de metal que ni se gasta ni se rompe; cuando se huye de su contacto por un punto, es para tropezar en él de nuevo por el opuesto ó el cercano. Momentos tiene la vida, sin embargo, de felicidad no pequeña, á manera de recuerdo de perdido paraiso ó de presentimiento del fin verdadero del hombre; pero son momentes breves y cortos; y sabido es que Bossuet, valiéndose de una imágen de trivialidad soberbia, los compara á los clavos hincados aquí y acullá en las paredes; aunque vistos así, parece ocupan un espacio grande, reunidos, caben en el hueco de una mano. Y tal es en compendio la historia universal del corazon; la felicidad aquí abajo no pasa de ser una esperanza, un miraje, un horizonte movedizo que se oculta, reaparece, atrae con sus tintas misteriosas, pero acaba por fatigar sin dejarse alcanzar nunca. Solamente el dolor es la gran realidad

de la vida; y tan hondamente adherida á nuestra naturaleza, que en el fondo no es la filosofía del hombre otra cosa sino la solucion del problema del dolor. Problema pavoroso, eterno, afecta á la humanidad entera como inevitable condicion de su existencia: es la constante ocupacion del entendimiento que pugna por comprenderlo, y la pesadilla del corazon en busca de fuerzas para conllevarlo.

Desde el principio del mundo agitó este problema el pensamiento y la imaginacion del hombre, que sabedor ya de su orígen y destino por la tradicion mosáica, se preguntaba sin embargo; ¿por qué padezco mientras existo? ¿Qué es la incomprensible marcha y distribucion del mal en el mundo? ¿Por qué la eterna tempestad descarga sus rayos ya sobre la cabeza del malvado, ya sobre el inocente y el justo?

Pues hé aquí que mientras venia la plenitud de los tiempos y la consumacion del gran Sacrificio, en virtud del cual podian ser meritorios todos los sufrimientos de todas las épocas anteriores y futuras; mientras llegaba al mundo Aquel que debia ser el modelo inefable del padecer y el inspirador de la fuerza para resistir, la Providencia se digna dar en imágen y símbolo muy espresivos planteado, desenvuelto y resuelto el gran problema del dolor. La paternal solicitud del Ser Supremo se apresura á comunicar al mundo la sublime enseñanza acerca de esa cuestion, que podemos llamar personalísima de la humanidad en virtud de su caracter de universalidad indeclinable. Cual si el Pentateuco dejára un vacío en esta parte, la justicia de Dios se adelanta á justificarse, y la bondad divina á preparar el remedio contra la deses-

peracion y la duda: antes de abrirse de par en par las puertas de la misericordia venidera, y como anuncio y prenda segura de esplicaciones y remedios mas amplios, se digna la Omnipotencia alzar una punta del velo tras del cual se ocultan los misterios del dolor, de su significacion, efectos y remedios.

Y para eso creo yo, como os lo he dicho, que allá cerca del dintel de los siglos se alza la figura majestuosa de Job; y tal es tambien, á mi entender, el sentido providencial de su profunda y edificante leyenda. Todas las evoluciones del dolor se realizan en la persona del atribulado idumeo: la deshecha borrasca desata sobre su cabeza el torrente desolador de las aguas de tribulacion inmensa. Todas las flores que embellecen una existencia feliz son ó tronchadas ó marchitas: la enfermedad, la muerte, la adversa fortuna, la desalmada sofistería del mundo desapiadado, representado allí por amigos y deudos inconsiderados y duros con la desgracia, convierten el antes delicioso vergel en erial cubierto de espinas: el espíritu de tinieblas encargado de aquella devastacion implacable pone tambien la mano en la flor de la esperanza para arrancarla de cuajo. Mas al llegar á tal punto, eso que viene á ser como la esposicion del drama, trae en pos de sí el nudo que se forma por la animada y ácre controversia del entendimiento que solo alcanza á amontonar dudas y cuestiones, y por la impaciencia del corazon que se rebela contra el cúmulo de inauditas desventuras; hasta que el desenlace viene de lo alto, y la divinidad interviene en el problema para esplicarlo «*dignus*

vindice nodus», y provoca la peripecia final altamente simbólica y figurativa, pues demuestra claro que el enigma es de suyo insoluble, y que la luz y el remedio solo pueden venir de regiones colocadas sobre el poder y la razon del hombre.

Examinado así el libro de Job, nos presenta en muy acabada imágen la previsora y providencial condensacion del pensamiento católico que en esto, como en todo, se halla en armonía perfecta con la naturaleza de las cosas y la íntima constitucion del corazon humano. Puesto que el dolor, como Job nos lo demuestra, tal eficacia posee para sublimar y purificar el pensamiento humano; si obtiene por la resignacion recompensa tan cumplida, claro está que el dolor no es el mal, sino el remedio del mal y la mas admirable de las invenciones divinas; que si entró en el mundo en pos de la primera falta, vino enviado, mas bien que por la justicia, por la misericordia y en calidad de heróica medicina contra todos los males que debian germinar del fruto del Bien y del Mal en tan mal hora gustado por el primer padre del género humano. Porque siendo la transitoria vida estacion, y no mas, del viage á la ciudad perfecta, donde no tiene entrada ni el padecer ni el morir, arrastra el hombre el peso de la desventura como lastre que le preserve de naufragar á cada paso; como aguijon que de continuo le estimule á mantenerse sin desvío en el camino que guia recto hácia su principio absoluto, dejando á un lado lo relativo y pasajero. Pues que el hombre es un príncipe desterrado; si no fuera atraido por el dolor, ¿cómo podria

pensar en emprender el camino de su patria? Cómo no se detendria, (y cuantas veces ¡ay! se detiene) á gozar de las fugaces delicias con que tropieza en el seno del destierro? ¿Quién de nosotros entonaria nunca el *Super flumina Babylonis*, si gustára en paz y sin estorbo los deleites de Babilonia y nunca mezclára sus lágrimas con las ondas del Eufrates?

Pero ademas de ser camino que conduce al Bien infinito, tiene tambien el dolor el carácter de espiacion y remedio á fin de restablecer el equilibrio turbado por la transgresion de la ley divina. Como en el órden físico el esceso en el comer trae consigo forzosamente la abstinencia para recobrar la salud; el esceso del placer llama forzosamente tambien la compensacion saludable del dolor; y esto en virtud de ley indeclinable, pues el remedio no es habitualmente sino una enfermedad en sentido inverso; el término medio, la salud, se establece entre ambos estremos. Si para enderezar un árbol torcido hácia la izquierda nos contentamos con levantarle hasta restablecer la vertical, nuestro trabajo es perdido; y el defecto no desaparece sino encorvando el árbol hácia la derecha, esto es, la parte opuesta. De la propia manera el libre albedrío del hombre, que se halla inclinado desordenadamente hácia el placer, no alcanzará la normal sino retorciéndose con violencia en la direccion del dolor.

Y tal vez sea esta una de las primitivas tradiciones divinas menos alteradas por el mitologismo pagano, á juzgar por las figuras de que echó mano para representar los efectos

producidos en el hombre por el sufrimiento ó el trabajo penoso y dificil. La estátua del Dolor era una Vírgen; y Diana, la diosa de la caza y la fatiga, era juntamente la diosa de la castidad; su Endymion no fué mas que un amor ideal y á distancia, y que han perdonado de muy buen grado á la diosa todos los espíritus serios, considerando que la naturaleza de aquel afecto no pudo comprometerla sino para con la chismografía maligna del Olimpo griego.

Tal como acabo de esponerlo, ha sido, y no podía ser otro, el pensamiento dominante en los escritos destinados á esplicar el libro de Job; en especial el erudito y edificante comentario de Duguet, y el no menos elegante y precioso de nuestro ilustre compatriota el M. Fray Luis de Leon.

¿Por qué, pues, en nuestros dias se han separado de este camino los que pretenden dar nuevas esplicaciones del libro que nos ocupa? Por lo que á mí toca confieso sencillamente que esta manera de proceder me causa una dolorosa estrañeza. Ni ha desaparecido el mal de la tierra, ni faltan en nuestra época graves conflictos y hondas miserias, ni puede ser buen camino para llegar á endulzarlas trastornar el sentido de lo que no puede variar nunca, y destruir la eficácia de la única medicina aplicable ahora como en los tiempos pasados y en los que vengan. Hay, sin embargo, en nuestro tiempo un sistema, método, escuela ó proceder de filosofia (ignoro cual de estos nombres le conviene, y tal vez no le cuadre ninguno) que, con el nombre de criticismo, es la negacion de la religion, de la sociedad, de la ciencia y del arte. Él es quien á propósito del libro de Job ha escrito,

ya en el frontispicio de la obra, las textuales palabras siguientes: «Encontrar el secreto de la vida solo es dado á aquellos que saben vivir sin esperanza.» Bello descubrimiento por cierto de la flamante ciencia filosófica! Ya lo mismo se había dicho en el mundo; pero con la diferencia de que el genio mas sombrío que haya existido sobre la tierra, esas propias palabras fueron lo que encontró de mas sombrío tambien cuando quiso hablar del infierno. *Lasciate ogni speranza*! Habíamos creido hasta ahora con el comun de los sábios y el universal instinto, que «la esperanza era una cosa tan divina y al mismo tiempo tan humana como que sin ella no pudiéramos vivir; que la naturaleza ha hecho de la esperanza nuestro alimento cotidiano, y la Religion una virtud sobrenatural ó teologal; pero el criticismo ha sido empujado por la lógica á proclamar la doctrina de la desesperacion, y ha repetido las palabras del Dante, no poniéndolas en boca de los condenados, sino pronunciándolas en su propio nombre, y á propósito de Job, esto es, de la sublime é invencible esperanza y del triunfo mismo de la esperanza divinizada.» Idea tan desoladora era el natural corolario de otra que no le cede en insultante sarcasmo, anunciada en forma de estúpida profecía (A); y al ser arrojada al rostro de la asendereada humanidad ha encontrado un comentario digno de ella y del negro pensamiento que se atrevió á concebirla (B). Ya no me admira oir al príncipe de los escritores místicos del siglo diez y nueve cuando nos dice que los lugares donde no habita la esperanza son los únicos que paralizan el poder de Dios y le cierran la entrada: fuerza

es en efecto haber lanzado del corazon á Dios, para asestar un golpe tan tremendo al corazon del género humano. Principiando de esta manera el criticismo su tarea de analizar el libro de Job, fácil es calcular la índole y la fuerza de las demas observaciones suyas: todas ellas hormiguean en contradicciones; ninguna se apoya ni en la razon ni en la historia.

Para el criticismo el libro de Job es puramente «el ideal de un poema semítico, donde el genio semítico se pinta á sí propio en su mas original creacion, y, si cabe decirlo, en su mas perfecto espejo.» Y en virtud de que la raza semítica comparada con la indo-europea representa una combinacion inferior de la naturaleza humana, «la imaginacion de los pueblos semíticos nunca salió del estrecho círculo trazado en derredor de ella por la preocupacion de la grandeza divina. Dios y el hombre, en presencia el uno del otro en el desierto, hé aquí el compendio, ó como hoy se dice, la formula de toda su poética.» Empero Dios y el desierto en medio de toda su grandeza, son por otra parte cosas muy austeras y secas: y de aquí el que la *sequedad*, la *austeridad* y la *grandeza* sean las cualidades *características de las obras originales de la raza semítica, y en ninguna parte aparecen mas claramente que en el libro de Job.* «En este estraño libro ni por un momento se oye vibrar las finas y delicadas teclas que hacen de las grandes creaciones poéticas de la Grecia y la India una tan perfecta imitacion de la naturaleza; faltan en él aspectos enteros del alma humana; una especie de grandiosa aspereza comunica al poema cierto aire de rigidez y como un sabor de bronce.»

Por lo que toca á la austeridad y sequedad, defecto general de las obras originales semíticas, segun se dice, entiendo que la historia de José, por ejemplo, y el Cántico de los Cánticos son muy á propósito, y bastan ellos solos, para desmentir esa teoría. Pero además de esto, si en otra parte enseña el criticismo tambien, que en el libro de Job «todo es milagro, todo respira aquella admiracion fácil, don precioso de la infancia, que puebla el mundo de maravillas y encantos,» ¿cómo se concilian ambas ideas? Pues si por ventura tales maravillas y encantos fueran de naturaleza *seca* y *austera*, ¿cómo la admiracion infantil que las produce pudieran ser un don precioso?

Los defectos del libro de Job austero y seco, los encuentra compensados el criticismo con un mérito inesperado, raro, increible; el mérito de la blasfemia. «El poema de Job, nos dice, es la mas sublime espresion del grito del alma» contra el cielo; grito arrancado por la contradiccion que el alma encuentra entre la conciencia afirmando el deber y el derecho, y los acaecimienientos diarios que desmienten estas profundas aspiraciones. Por eso «la blasfemia allí casi es un himno, ó lo es ni mas ni menos, pues la blasfemia es una apelacion á Dios contra las lagunas que la conciencia encuentra en la obra de Dios.»

Embelesado el criticismo con las supuestas blasfemias de Job, cae luego en la tentacion de añadir las suyas, sin reparar en que, por no privarse de la gloria y gusto de blasfemar, incurre en una série de absurdos. Ni la grandeza del hombre, ni la de cosa alguna, puede consistir en la contra-

diccion de la existencia y no existencia del deber y del derecho; ni Dios ha podido querer ni crear tal contradiccion; ni hay nadie, como no sean los adeptos del criticismo, que haya visto en Job ese prolongado grito de blasfemia y rebelion contra Dios, que es en lo en que se quiere hacer consistir la sublimidad del poema; ni, por último, ha de juzgarse de los sentimientos de Job por unas cuantas palabras inconsideradas, como no se juzga del estado habitual del cielo por la pasagera tempestad que lo atraviesa y lo cubre. Job protesta contra toda interpretacion en tal sentido (VI 25, 26); Job se aplaca poco á poco; exalta en términos magníficos la justicia y piedad de Dios en el gobierno del mundo, aunque no comprenda su particular conducta con él; y Job, reprendido por Dios, *se retracta y hace penitencia en el polvo y la ceniza* (XLII 6).

De suerte que lo que se nos presenta como el pensamiento del libro de Job y como el espíritu que lo penetra y anima, es precisamente su antítesis; cosa que hace muy poco honor al tacto del criticismo en punto á observaciones exactas y precisas.

Si bajo el aspecto literario aparecen tan infundados los elogios y las censuras del criticismo, acerca del libro de Job, igualmente infeliz y desacertado le vemos en lo que concierne á la parte moral y filosófica.

¿Hay filosofía en el libro de Job? Si la contradiccion, segun el criticismo, ha sido la madre fecunda de todo pensamiento elevado y toda noble filosofía; siendo el libro de Job, segun vimos, producto tambien de la contradiccion, parece

evidente que debe en consecuencia brillar en él la filosofía mas sublime á modo de luminosa antorcha. Sin embargo, no sucede así; pues ó sea porque la contradicion agotó su sávia en producir las altas blasfemias que tanto admira el criticismo; sea porque la naturaleza anticientífica de la raza semítica haya opuesto un obstáculo invencible, la contradiccion ha resultado filosóficamente nula; y en todo el libro de Job apenas se rastrea alguno que otro vestigio de filosofía. «Defectuoso en cuanto al método, ofende la lógica; y tal es la grosera infraccion de las reglas de la investigacion científica, que de un cabo al otro del poema la cuestion no avanza un solo paso.» Lo cual no impide por otro lado el que la filosofía, aunque ausente del libro de Job, resplandezca en él por medio de magníficos resultados, merced á una circunstancia única é inimaginable, que viene á suplirlo todo y transformar los defectos mas groseros *en una sublime belleza*; á saber, que «siendo el problema propuesto insoluble, ha sido sin embargo resuelto muy satisfactoriamente por medio de una contradiccion; porque la contradiccion en tales materias es el signo de la verdad.» Y como el libro de Job ha sabido contradecirse á tiempo, hé aquí que ha tropezado con la verdadera sabiduría, y por esto solo encierra en sí mucha mas filosofía que toda la orgullosa escolástica junta, y en cierto modo el resultado mas elevado de toda filosofía. Y así se infiere con claridad grandísima que si en el libro de Job no hay filosofía, existe al mismo tiempo en él una filosofía, compendio el mas sublime de esta ciencia y que deja eclipsados á Sto. Tomás

de Aquino con todos los demas escolásticos. La inefable contradiccion á que se debe tan magnífico efecto, héla aquí.

Problema *insoluble* que se va á resolver: «Por qué sufre el justo en la tierra?»—Resolucion: «Las eternas necesidades del corazon, las afirmaciones del mundo moral, las protestas de la conciencia proclaman la existencia del derecho y del deber; y el testimonio de la realidad la niega. Es preciso reunir ambas aserciones, y colocándolas frente á frente se tiene la solucion que se busca» (C).

Pedir mas luz cuando se desciende á tales profundidades seria una cosa supérflua; mucho mas cuando de nuevo se nos aparece como la gran causa del notable fenómeno, la misma que hemos visto producir la grandeza, la sequedad, y la austeridad de nuestro poema, á saber, el *desierto*, autor de lo bueno y de lo malo en el libro de Job, y en todo cuanto ha hecho la raza semítica en general.

Pues en primer lugar el desierto es *monoteista*. «Sublime en su uniformidad inmensa, revela desde luego al hombre la idea del infinito,» y le enseña de este modo la existencia de un solo Dios. No ha sido Dios por consiguiente el primer preceptor del género humano, por mas que diga Moisés, sino el desierto; á cuyas lecciones, por su desdicha ó su fortuna (que esto no es facil decidirlo) los sémitas fueron los únicos que han sido llamados á asistir. A las elocuentes lecciones del desierto hay que añadir otra causa quizás, y es que «los sémitas han hallado el dogma de la unidad divina en los instintos mas imperiosos de su

espíritu y su corazon.» Es verdad que la historia antigua toda demuestra que lo que produjeron esos instintos no fué el monoteismo sino la idolatría con muchísima frecuencia (D): mas aquí habrá habido tal vez una distraccion grave de parte del criticismo ó de la historia, y siempre resulta que el desierto es la única causa á que pueda atribuirse sériamente el fenómeno del monoteísmo.

En segundo lugar el monoteismo, hijo que es del desierto, produce en la raza semítica no solamente el espíritu antifilosófico y anticientífico, sino, en general, todos los demas caracteres negativos peculiares de ella y únicos que la distinguen. Proviene esto de que «en el monoteismo no hay variedades,» y de que «teniendo al hombre de contínuo bajo el pensamiento de su impotencia y privándole de las facultades generadoras de la mitología,» mata por consiguiente la filosofía «y toda teología un poco refinada,» en razon á que «las facultades generadoras de la mitología son las mismas que engendran la filosofía.» Se sigue de esto que sin mitología no hay filosofía posible; y aun cuando «el espíritu judio ha producido grandes especulaciones filosóficas,» si bien en corto número, no podemos tomarlas en cuenta en razon á haber venido al mundo sin la intervencion de las facultades mitológicas y filosóficas; y así es que no pueden mirarse sino como una anomalía, á menos que el criticismo encuentre tambien aquí en la contradiccion un signo de la verdad.

Y además el monoteismo es profundamente incompatible con la ciencia, por cuanto «la teoría de los primeros prin-

cipios del universo (fuerzas, ideas, etc.) es, á su modo, una especie de politeismo; y pudiera demostrarse, que si la metafísica se ha desarrollado en el seno de las religiones salidas de la raza semítica, ha sido por imitacion no mas y contra todo el espíritu de ellas.» ¡Qué cargo tan terrible no debe, pues, hacerse á la Iglesia que siempre ha procurado estimular y fomentar los estudios metafísicos, y de consiguiente trabajó, sin sospecharlo, por la propagacion del politeismo! Los eminentes metafísicos Agustin, Tomás de Aquino, Anselmo, Fenelon, Leibnitz, ¡cuánto no se avergonzarian ahora si volviesen al mundo y vieran evidenciado por el criticismo cuán equivocados vivian al creer adorar un Dios único mientras que no eran sino paganos, y tanto mas paganos y politeistas cuanto mas sábias y perentorias eran las demostraciones presentadas por ellos acerca de la falsedad del politeismo! Y quién sabe si tambien el criticismo tendrá sus puntas y collar de politeista? No faltan en verdad razones para pensarlo, ni señales por donde inferirlo. Sobre que el criticismo tiene su tintura de metafísica, y no dejará de estar provisto de su correspondiente teoría acerca de los primeros principios del universo, vemos que posee además en grado eminente las facultades mitológicas, como lo prueba, entre otras cosas, el rico desarrollo que su fantasía ha sabido dar á *la viva imágen de la Aurora,* infecunda bajo la pluma monoteista del autor de Job. Vemos tambien las simpatías del criticismo para con el politeismo tan claras casi como su odio al Dios único de los sémitas, al cual trata de «soberano

caprichoso é impenetrable; fuerza enemiga del hombre; estorbo y rémora de la ciencia del mundo;» que con mil razones se rebelaría contra él si no le detuviera la prudencia; vemos que el Dios único es tenido muy en menos que Satanás, á quien llama el criticismo «un pobre calumniado, un revolucionario sin fortuna; y cuyo único delito fué el haberse lanzado, devorado por la actividad, á empresas atrevidas» aunque en sí muy legítimas pues iban encaminadas á derrocar la tiranía.

Bien se descubre cuál ha sido el verdadero espíritu que, so pretesto de escribir un prefacio filosófico al libro de Job, dictó al criticismo un alegato tal, henchido de contradicciones y falsedades, para probar la nulidad, la ineptitud, el cuasi idiotismo de la raza semítica (E). En su calidad de monoteista se halla destinada á ignorarlo todo: es antipoética, antifilosófica y anticientífica. Ella fué impotente para elevarse «á la grande idea de las leyes de la naturaleza, idea esclusivamente griega, nacida de la Jónia, y llamada á ser en los modernos tiempos la base de toda filosofía. En vano objetareis á la nueva filosofía que ni á Newton ni á ninguno de los grandes sabios monoteistas les ha servido de estorbo para ser naturalistas de primer órden el reconocer la existencia de un Dios único: en vano le hareis ver que la razon humana lejos de hallar oposicion entre la idea de un Dios, único criador y dueño soberano de toda la naturaleza, y la idea de un conjunto de leyes dadas por él á la creacion, las encuentra perfectamente compatibles y armónicas: que ningun hombre de buen sentido ha pretendido jamás el que

la idea de la ley implique forzosamente la de legislador múltiple. Abrireis en presencia suya la historia de todos los tiempos y paises anteriores á la escuela de Thales y Heráclito; y ella os dirá que la idea de las leyes de la naturaleza no es una «grande idea griega,» originaria de la Jónia; dado que desde la cuna del género humano tuvieron los hombres todos, como indispensablemente debia suceder, un conocimiento mas ó menos estenso de las leyes naturales. Antes y durante todos los siglos anteriores á la escuela griega, sabia el género humano que para vivir necesita de alimentos y de aire; y para coger frutos depositar semillas en el seno de la tierra; que el fuego calienta y alumbra; que un baño se toma en el rio ó en el mar, pero nunca en una hoguera. Durante la série larga de siglos anterior á Heráclito y Thales, siempre que el hombre veia la luz del alba, contaba seguro con que tras un espacio de tiempo, mas ó menos largo segun las estaciones pero siempre regular y calculable, vendria á su turno la noche cuyas sombras fúnebres ahuyentaria de nuevo la aurora: conocia ademas el modo de medir los tiempos por las revoluciones de los astros; inventaba las artes; construia las pirámides; y, como dice un gran pensador, lanzaba á seiscientos pies de altura masas enormes que pondrian en conflicto á nuestra perfeccionada mecánica. Y en verdad que todas estas cosas, con otras muchas que fuera inútil y prolijo mencionar, creo suponen evidentemente una pasadera idea de las leyes naturales (F).

Y no es esto solo, Señores; podríamos alegar contra el criticismo, cómo en parte alguna, inclusa la Jónia y sus

escuelas sapientísimas, se hallará acerca de las leyes naturales, su origen y naturaleza, una nocion mas exacta y precisa que en aquel antiquísimo documento semítico que se llama el Pentateuco, en cuya primera página vemos á Dios ordenando la separacion de la luz y las tinieblas; las funciones del sol, la luna y estrellas; la division de las aguas y la tierra; la fecundidad de nuestro globo y la multiplicacion de sus diversos productos; trazando, en fin, á cada uno de los seres criados las particulares funciones que debe desempeñar en el sistema general del mundo, funciones que son precisamente las mismas que hoy desempeñan con regularidad á nuestra vista.

El criticismo nos permitirá llamar leyes de la naturaleza á todas estas divinas prescripciones, y recordarle de paso, que en ese mismo libro de Job, monumento semítico donde ni rastro debe haber «de la gran idea griega,» ademas de hallar la categórica espresion de *leyes* (XXXVIII 33), la misma idea griega tambien sale á dejarse ver con rasgos de toda sublimidad y magnificencia. Ignoro, si nó, qué pueden significar las palabras siguientes que Dios dirige á Job.» Y, ¿quién cerró con puertas el mar cuando salía fuera como quien sale de madre? ¿Cuando le ponía nube por vestidura, y oscuridad como faja suya? Y rodeéle con términos, y púsele cerrojo y puertas. Y dije: Hasta aquí vendrás, y no añadirás; aquí quebrantarás levantamiento de olas tuyas (1).

Ó, pues, el autor del libro de Job tenía alguna idea de estas leyes naturales, ó hay que decir que las espresiones de

(1) Traduccion de Fr. Luis de Leon.

que se sirve no corresponden con ninguna idea en el entendimiento. Y al considerar la manera con que el criticismo habla del libro de Job, viendo en él lo que no contiene, y no viendo lo que en él tan claro salta á los ojos, casi es irresistible la tentacion de dudar si ha tenido á la vista, ó ha leido jamás el libro que esplica y traduce.

No ha sido ciertamente así. Pero el éxito de tan estériles é infelices elucubraciones prueba una vez mas el error lamentable de la razon cuando se entra temerariamente por terrenos que no son suyos, como que no pertenecen al dominio de las cosas *entregadas por Dios á las disputas de los hombres*. Es bien estraño que el criticismo, negando la existencia de la Filosofía aun mas esplícitamente que la escuela ecléctica y la positiva, y destruyendo por consiguiente las bases del método de investigacion racional, incurra en la contradiccion de someter á la absurda análisis de su inconcebible teoría una de las piedras que componen el magnífico conjunto de la Revelacion divina. Permitidme, pues, que concluya protestando con toda la energía de que soy capaz contra las humillaciones que sufre la elevada dignidad de la razon humana en fuerza de los golpes que la dirigen los pseudo-racionalistas. Ellos hacen de la Filosofía un ídolo para poder mas á sus anchuras conculcarle y destruirle; mas á despecho de sus sentencias de muerte la Filosofía existe; y si se niega á recibir la irrisoria dignidad con que pretenden coronarla, ella reivindica sin cesar sus verdaderos fueros, su dignidad verdadera, la que nunca le disputaron los siglos cristia-

nos, la dignidad de reina soberana en el dominio de las ciencias naturales. En presencia del triple báratro abierto por el eclecticismo, el panteismo y el criticismo, ni pretende lanzarse de un salto al opuesto borde del abismo, ni, dejando como Empédocles sus sandalias á orillas del cráter, dice con arrogancia al precipitarse en su abrasado seno: Compréndeme, ya que no puedo comprenderte! La sana razon ni intenta salvar lo imposible, ni consiente en despeñarse desesperada; ni abdica su dignidad de reina, ni quiere morir tampoco. Ama la verdad, tiene sed de la verdad, y se siente con fuerzas y recursos para llegar á alcanzarla; pues recíprocamente la razon y la verdad han sido hechas la una para la otra.

Empero seria de desear para honra de nuestro siglo, tan rico ya y justamente engreido en el campo de los descubrimientos y progresos del órden material y físico, el que, poniendo saludable freno á la insaciable ánsia de novedades y sistemas efímeros, entrase con vigor en la senda de las reformas, tomando por punto de partida y base de los trabajos filosóficos el deslindamiento franco y preciso de los dos terrenos natural y divino. Continuar confundiéndolos, es condenar la filosofía á la esterilidad y la anarquía: para conquistar en la vida transitoria las últimas claves de los conocimientos, era preciso ante todo que el hombre pudiera suprimir la cuna, alejar indefinidamente el sepulcro, cambiar á su antojo el curso de los astros, manejar en fin la creacion toda como lo hace con un gabinete de física.

Si la razon misma, cuando se examina á si propia con

imparcialidad serena, no nos lo dijéra así, bastára la esperiencia dilatada de los siglos para aconsejarnos esta prudente y juiciosa sobriedad en el ejercicio y desenvolvimiento de las facultades de la razon humana: vendria á confirmarla cuánto hoy pasa á nuestra vista en el campo de la filosofía, convertido en un semillero de enigmas inesplicables para los maestros, ininteligibles para los discípulos; podríamos aducir como prueba concluyente el ejemplo que hoy hemos tenido á la vista y ha servido de tema para la discusion que nos ocupa.

El mas acreditado y mimado apostol del criticismo á nadie cede en el arte mágico y deslumbrador de las formas brillantes; de la diestra mezcla de colores; de la ciencia de los matices y variantes; de la gracia y encanto esterior del estilo; del talento de ejecucion y órden artificioso; de las actitudes maravillosas de la seduccion y atractivo. No hay, pues, para que admirarnos si con tal exuberancia de dotes escepcionales obtiene tan señalado triunfo sobre inteligencias indefensas; pues, débiles en medio de su refinamiento, aman el arte mas que la lógica y sacrifican sin reparo á la forma elegante la originalidad del pensamiento y el buen sentido de una demostracion precisa y decisiva.

Vendrá, sin embargo, una hora en que con la moda pasará tambien el encanto, cediendo el paso á la decepcion amarga. La crítica armada de su implacable escalpelo, apartando á un lado las soberbias bordaduras ajadas por el tiempo, pondrá al descubierto la armazon del imponente edificio; y cuando en lugar de pensamientos elevados, nuevos y fecun-

dos, solo presente á los ojos de la opinion estupefacta vetustos plagios rejuvenecidos por el arte, vulgaridades callejeras convertidas en nebuloso misticismo, y el epígrama fosil volteriano vestido al gusto aleman moderno, la opinion se avergonzará de haber quemado incienso ante el semidios caido del pedestal. Y la verdad enterrará tranquilamente estas cosas, como lo ha hecho con tantas otras, en la fosa del olvido; y aplicará al criticismo, á modo de lápida sepulcral, las mismas palabras suyas pronunciadas á propósito de los sistemas y los poemas épicos: «Nadie se conmueve á la vista de una decoracion teatral agujereada, pues los ojos perciben al través el juego de las máquinas; prevenidos de los esfuerzos del poeta para engañarnos, sabemos de antemano que el sistema propuesto no escapará, como tampoco sus antecesores, á la ley de la caducidad.» ¡Ojalá que al llegar ésta hora vengadora, hora de las represalias de la Providencia desconocida y ultrajada, el oráculo del criticismo, el antiguo levita de San Sulpicio, haya vuelto á encontrar al Dios de sus años juveniles y pueda decir con el gran Agustin Thierry: «Yo soy un racionalista oprimido por la fatiga, que me someto á la autoridad de la Iglesia.»

=HE DICHO.=

José Puente y Villanúa.

NOTAS.

(A) »Los Templos del Jesus real se hundirán; los tabernáculos donde se cree guardar su carne y sangre serán hechos astillas; ya por los agrietados techos se cuela el agua de la lluvia y moja el rostro del creyente arrodillado.»

La libertad de pensar (N.° del 15 de Abril de 1849.)

(B) ....«Los patriarcas idumeos tenian por cierto que Dios castiga aquí abajo á los viciosos y remunera al hombre honrado. Por otra parte, ¿quién tendrá derecho para juzgar á Dios? *La voluntad sola de Jeovah constituia la justicia. Para el hombre no había derecho, ni por consiguiente libertad tampoco.* Aguardad prosternados el juicio del Señor; él os dirá si sois criminal ó vírtuoso. Nunca la inocencia es miserable: nunca el miserable es inocente. *Cruel doctrina.* . . . . »

»Haber concebido la primera duda, . . . tal es la gloria del filósofo, sea quien quiera, autor del poema de Job. Pero apenas entrevió la verdad, cuando sus párpados se cerraron. Muéstrase Dios á Job y le habla desde el seno de la nube, condenando la vieja doctrina, sin esplicarse sobre la nueva. Job se anonada ante los terrores de Dios.... se prosterna, se arrepiente; y le perdonan.»

»*Job vuelve así á la doctrina de las necesidades y de la servidumbre*; pero antes de hundirse de nuevo en el golfo servil de la ley oriental, deja ya planteada la cuestion primera y última, de la cual brotará un dia la libertad humana:» «Por qué existe el mal en el mundo?» . . . .

Prometeo maldice al rey del cielo que aplasta al mundo; empero ni el rayo, ni el castigo, ni los suplicios son parte á cerrarle la boca; antes bien el tormento le engrie y enorgullece: Esquilo y la Grecia honran sus **Blasfemias** y se hacen eco de ellas.»

«Lo cual es un **Progreso inmenso**. La conquista de la individualidad señala el mito de Prometeo... Job era asiático y antiguo: Prometeo europeo y moderno.»

. . . .

«Releed el amargo y maravilloso libelo contra el optimismo,

Cándido: veinte siglos despues de Job, la queja misma de Job estalla todavía en estrepitosos sarcasmos. *El relámpago volteriano ilumina las miserias de la vida*. . . . .
Y concluye: «La *Introduccion* (de Renan) *al libro de Job es una obra maestra de pensamiento y estilo.*» *Diario de los Debates.* (16 de Enero de 1859.)

(C) Para la verificacion de los repetidos textos que presento acerca de las doctrinas del criticismo, véase *Historia general etc. de las lenguas semíticas* por E. Renan; y la *Introduccion al libro de Job* por el mismo.

(D) Los asirios, caldeos, sirios y fenicios, sémitas por la raza y en particular por la lengua y la escritura, no fueron monoteistas, sino politeistas la mayor parte. Para eludir esta grave dificultad histórica se acude al subterfugio de restringir el carácter de monoteismo á los *sémitas puros*, esto es, los israelitas y los árabes. Pero en primer lugar no se aduce prueba alguna para fundar la distincion; y por otra parte, aun cuando se admitiera, no se puede inferir que el monoteismo de esos dos pueblos sea efecto del *carácter* y del *instinto natural*. Entre los descendientes de Abraham, naciones enteras, moabitas, amonitas, idumeos, edomitas, amalecitas, eran idólatras; en la casa misma de Jacob, y entre sus criados, hay ídolos. Raquel oculta los dioses de su padre. Al año de la salida de Egipto, y dando al olvido prodigios inauditos, los israelitas adoran el becerro de oro: la historia de los *Jueces* y los *Reyes* hace mencion de los repetidos y terribles castigos que se atrajeron los judíos con sus frecuentes caidas en la idolatría.

En cuanto á los árabes el monoteismo nunca fué sino la escepcion de la regla. Antes de Mahoma, el politeismo era la religion comun de los árabes: Mahoma mismo nació en la idolatría, y en ella vivió hasta la edad de cuarenta años.

Esto dice la historia, y ante su testimonio las afirmaciones del criticismo quedan reducidas á sueños y sofismas.

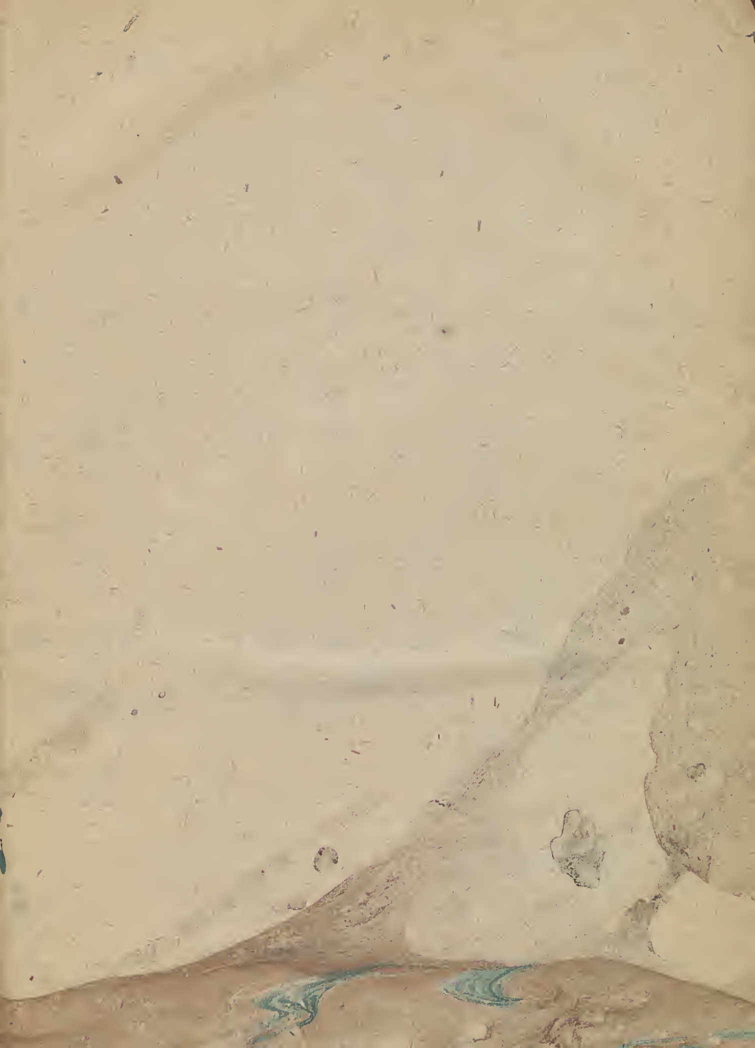
(E) Como observa muy bien M. Lamy, el motivo de que el monoteismo de los pueblos semíticos sea para el criticismo la clave de bóveda de todo el sistema y su aforismo predilecto, consiste en que el punto de partida es la negacion de lo sobrenatural. Y como el supernaturalismo se encuentra en cada página de los libros santos, se quiere á toda costa hacerle desaparecer. Para conseguirlo es para lo que se enseña esta doctrina de que el conocimiento de un Dios único se ha difun-

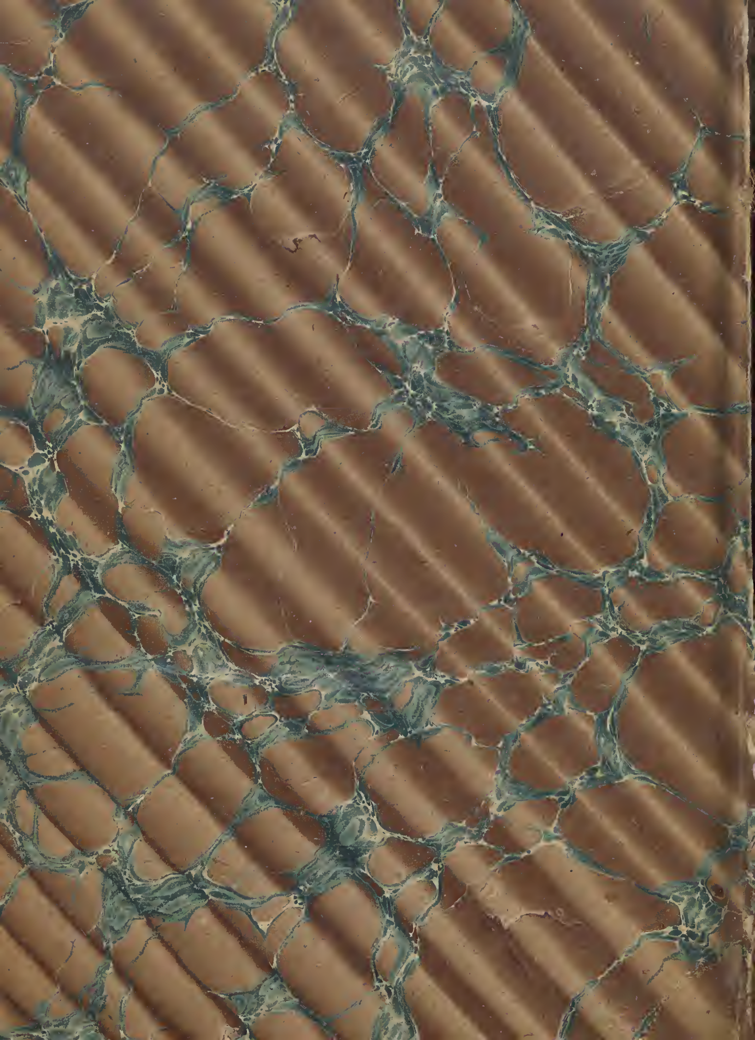
dido en el mundo sin la revelacion; que Jesucristo redujo al culto del Dios verdadero á judíos y gentiles sin distincion de raza, no por medio de la predicacion y los milagros sino porque como sémita que era, se hallaba poseido y asediado por una idea, como le sucedió tambien á Mahoma: en fin, que si el pueblo de Israel adoró al Dios único, lo hizo porque es tan natural al sémita el ser monoteista como al negro ser negro.

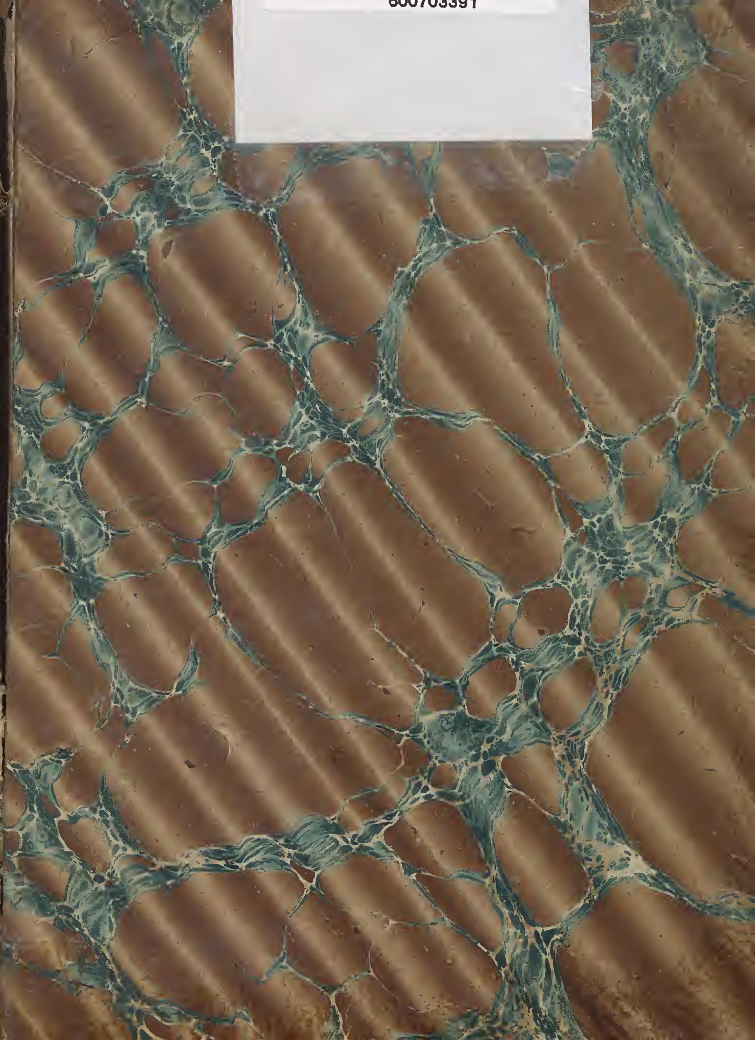
(F) Convengo en que esta idea de las leyes de la naturaleza, que es la que nos dan los libros santos, no se aviene con la que se forman los racionalistas. Ellos quisieran leyes necesarias é inmutables que el mismo Dios fuera impotente para derogar; y esto á fin de poder negar los milagros, que el racionalismo mira con gran repugnancia, pues tiene para ello sus motivos. Los sémitas no entienden esta segunda especie de leyes; siempre distinguieron muy bien entre el ocaso del sol y la lluvia del maná; entre la marcha ordinaria del mundo físico y los prodigios obrados por Dios para sacarlos del poder de los egipcios: por esto sin duda les niega el criticismo hasta la idea de las leyes naturales.

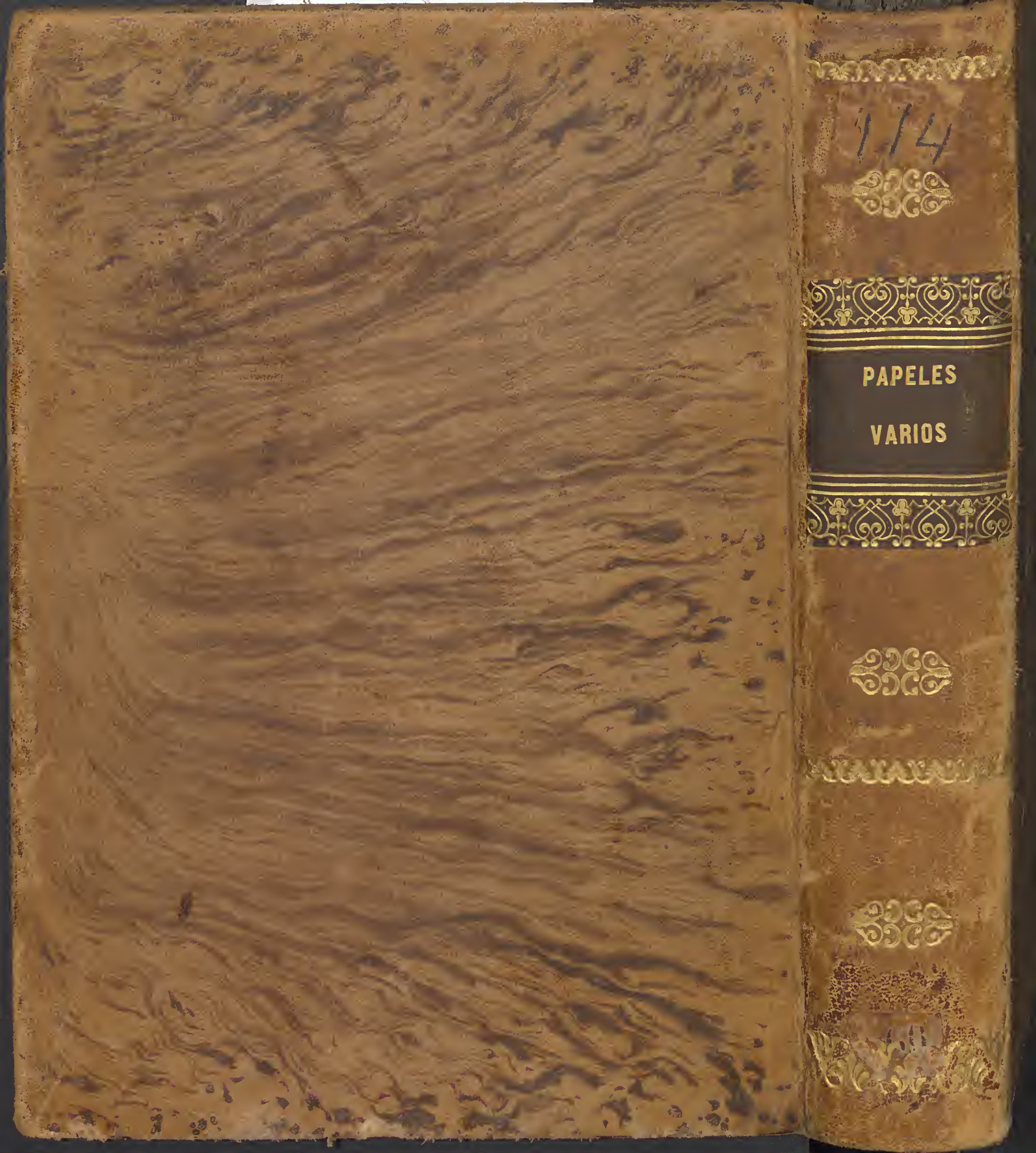
El gérmen de los conocimientos físicos, depositado en el espíritu de los hebreos juntamente con la idea de las leyes naturales, no ha sido entre ellos mas infecundo que entre los otros pueblos antiguos. Dejando á un lado el testimonio de los caldeos, tan célebres como astrónomos, acerca de los conocimientos de Abraham como observador de los astros, la descripcion del Tabernáculo segun la encontramos en el Exodo y otros lugares del Pentateuco, la del Templo de Salomon, una de las maravillas del mundo, y la ciencia de este célebre rey como naturalista distinguido, son cosas que nos hacen formar sobre los conocimientos físicos de los israelitas una idea muy diversa de lo que el criticismo pretende enseñarnos. Newton y Escaligero nos tenian acostumbrados á mirar este pueblo como mas instruido é ilustrado: su testimonio vale por lo menos tanto como las apreciaciones sin pruebas que ha echado á volar la nueva filosofía.

Sigue el Indice.








114
PAPELES
VARIOS